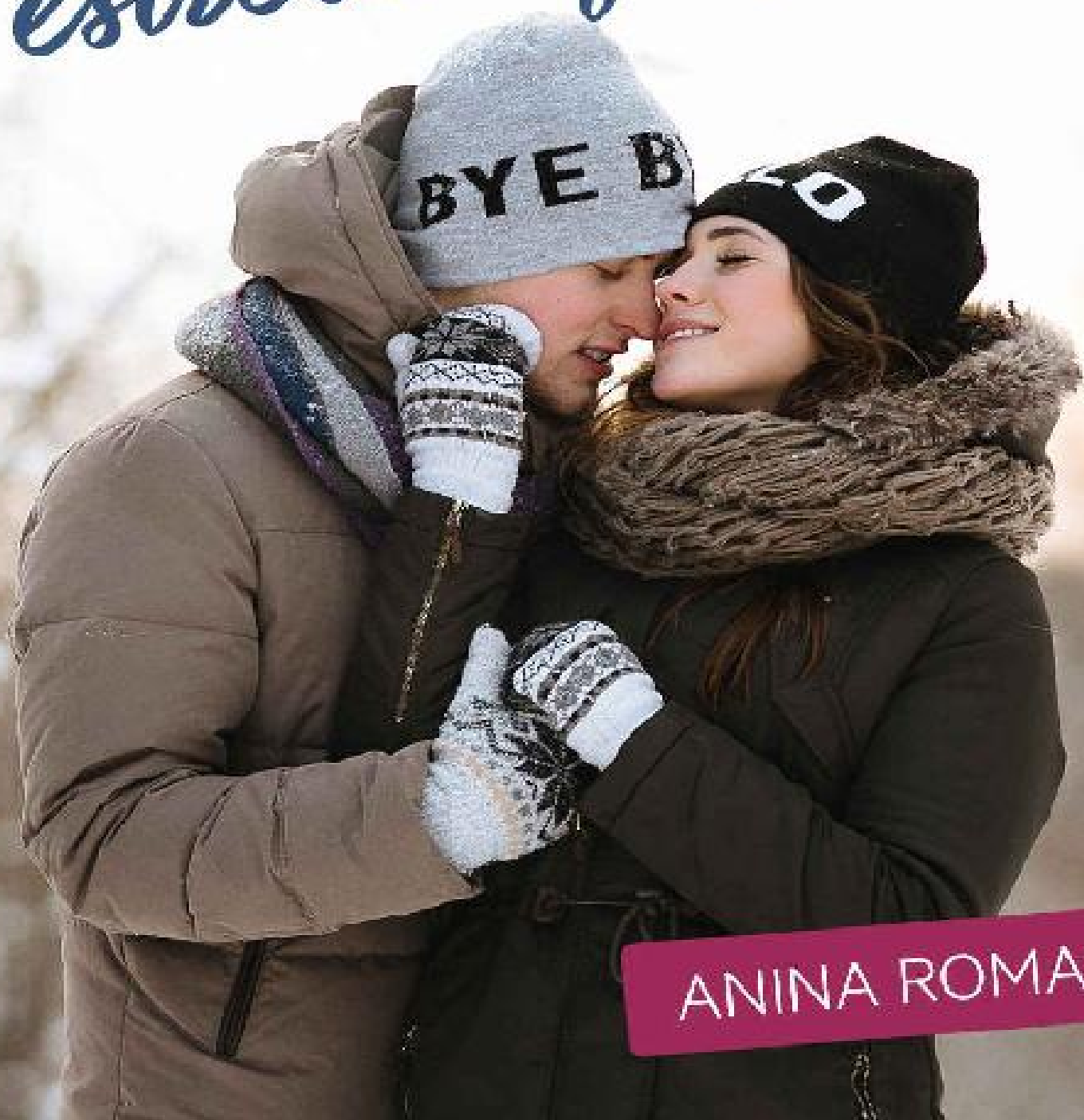


*La chica que
cayaba
estrellas fugaces*



ANINA ROMA

**La chica que cazaba estrellas
fugaces**

Las chicas de Snow Bridge #2

No debemos tener miedo a equivocarnos,
hasta los planetas chocan,
y del caos nacen estrellas.

CHARLES CHAPLIN

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre la autora](#)

[Mis libros anteriores](#)

Prólogo

7 años antes...

Kyle dejó la mochila de deporte en el maletero y subió en el coche. Antes de arrancar el motor, se frotó el rostro, cansado. El entreno había sido muy duro y solo deseaba llegar a casa para cenar algo rápido e irse a la cama.

Faltaba muy poco para las semifinales del campeonato de Hockey hielo y el equipo al completo había aumentado el ritmo de los entrenamientos. Deseaban ganar por encima de todo, demostrar que eran los mejores y sorprender a los ojeadores de los equipos profesionales que solían ir a los partidos en busca de nuevos fichajes. La exigencia era alta y Kyle se estaba dejando la piel para ser el mejor.

Kyle vivía junto a su novia Georgia en una pequeña casita a la otra punta de la ciudad, y solía tardar un buen rato en cruzar la urbe de punta a punta. Sin embargo, no le molestaba hacerlo. Le gustaba conducir de noche, le ayudaba a relajarse y vaciar su momento. Era su momento diario de desconexión.

Condujo tranquilo, sin prisas. Sonaba una canción de blues de fondo y las estrellas brillaban en el cielo de una forma especial, pese a la contaminación lumínica.

Pensó en el futuro que estaba por venir. Él era de los pocos jugadores que ya había cerrado un contrato con un equipo profesional. Además, le faltaba muy poco para terminar la carrera y poder centrarse del todo en el deporte. Suponía que entonces Georgia y él se casarían. Todo parecía programado, y eso le daba cierta seguridad. Siempre le había gustado tener su vida bajo control.

Kyle tamborileó los dedos sobre el volante y, durante unos segundos, fijó su mirada en el cielo nocturno. Algo había llamado su atención. Algo luminoso brillando que brilló en la oscuridad cruzando el firmamento. ¿Una estrella fugaz?

Sonrió. Quiso pedir un deseo pese a no creer mucho en ellos, sin embargo, antes de que ni siquiera pudiera pensar en él, los faros de un coche le deslumbraron y algo chocó contra la parte delantera del coche.

Después de eso, todo se quedó oscuro.

En ese mismo instante, a cientos de kilómetros de distancia...

—¿Lo has visto, papá? —preguntó Leslie a su padre señalando el cielo.

El señor Morris afirmó con la cabeza y sonrió. Su bigote se movió acompañando este gesto.

Padre e hija estaban sentados en el balancín del porche. Aunque ya era

primavera, hacía frío. Leslie se ajustó la manta sobre el regazo e, instintivamente, se llevó una mano al cuello, tocando el colgante con forma de estrella fugaz que le regaló una de sus mejores amigas en un cumpleaños.

Leslie estaba obsesionada con las estrellas fugaces. Desde niña había sentido una fascinación especial por ellas y se dedicaba a cazarlas con la mirada para guardarlas en su recuerdo junto a la larga lista de deseos que pedía y que esperaba que algún día se cumplieran.

No era grandilocuente con sus deseos.

Solía pedir cosas pequeñas, posibles.

Aquella noche, sin embargo, fue un poco más atrevida. Cerró los ojos con fuerza y lanzó un deseo hacia el cosmos: *Quiero encontrar el amor verdadero, quiero enamorarme.*

Al volver a abrir los ojos, se preguntó soñadora si la estrella fugaz le concedería su ansiado deseo, y de ser así, si tardaría mucho en hacerlo. Llevaba tanto tiempo queriendo saber lo que se siente al estar enamorado... Ojalá pudiera averiguarlo pronto.

Capítulo 1

Leslie esperó paciente en la zona de Llegadas del aeropuerto. Según el horario que su madre le había enviado la noche anterior, el avión hacía unos minutos que acababa de aterrizar. Se imaginó que tardaría un poco en recoger la maleta de las cintas transportadoras y salir.

Su madre había hecho un crucero de un mes por el mediterráneo. Fue un viaje que Leslie le regaló por Navidad, esperando así dar un poco de alegría a su rudimentaria vida. Desde la muerte de su padre, su madre no había logrado levantar cabeza. Se pasaba el día encerrada en casa, mirando las fotos que tenía de él sobre la repisa de la chimenea mientras hacía punto. Leslie creyó que un crucero le ayudaría a salir de esa espiral de tristeza, y por los mensajes que le había enviado entusiasmada con fotos de diferentes ciudades europeas, parecía que había cumplido con su objetivo.

Después de varios minutos esperando, Leslie la vio aparecer. Se había dejado el pelo suelto sobre los hombros y en su piel lucía bronceada y brillante. Además, parecía relajada. Incluso feliz. Cuando esta la vio entre el tumulto de gente que esperaba, sonrió y se acercó a ella a paso rápido. Desde lejos percibió dos cosas: 1) que en sus ojos brillaba una chispa especial y 2)

que no llevaba con ella la pesada maleta que se había llevado al marcharse de viaje.

—¡Cariño! No sabes cuánto me alegro de verte —dijo su madre, Cecile, abrazando a su hija con fuerza.

Leslie le devolvió el abrazo. Luego se separó, alzó una ceja y preguntó:

—¿Y tu equipaje? ¿Has olvidado cogerlo?

—No, cariño... —Se mordió el labio, algo indecisa—. Es que... Alguien lo está recogiendo por mí.

—¿Alguien? ¿Quién? —Leslie alzó una ceja, desconcertada.

—Verás, cielo, es que hay algo que no te he explicado...—Hizo una pausa dramática que puso a Leslie de los nervios—. ¡¡He conocido a alguien!!

Los ojos de Leslie se abrieron ligeramente.

—¿Qué significa eso?

Como respondiendo a su pregunta, un hombrecillo calvo de corta estatura con una barriga prominente y una barba frondosa que vestía de forma ridícula, se acercó a ellas arrastrando dos maletas. Reconoció la de su madre al instante.

—Calabacita, ya las tengo aquí —dijo el hombrecillo a Cecile, mirándola a través de sus ojos saltones con devoción.

Leslie miró a su madre con estupor, incapaz de creerse lo que parecía

estar pasando allí.

—Mira, Ben, esta es mi hija.

—Oh. —Ben alargó su mano y Leslie se la apretó notando su palma sudada contra la piel—. Leslie, ¿verdad? Tu madre me ha hablado mucho de ti.

—No puedo decir lo mismo —dijo Leslie entre dientes lanzando una mirada confusa a su madre.

—Además, sois como dos gotas de agua.

—Uy sí. Como dos gotas de agua —dijo con ironía.

Ella y su madre no se parecían mucho. De hecho, su madre tenía el cabello castaño claro y ella color chocolate, los ojos de su madre eran verdosos mientras que los de Leslie eran castaños, por no hablar de que su madre era una mujer curvilínea mientras que Leslie tenía las caderas estrechas y poco pecho.

—Oye... Esto... Ben... ¿Me permites hablar un segundo con mi madre?

Sin esperar una respuesta, Leslie cogió a su madre por el codo y se apartó unos metros, hasta asegurarse de que no iba a ser escuchada.

—Pero mamá, ¿de dónde has sacado este tipo? ¿Del museo donde encierran a las personas que son un atentado al mal gusto? Y la pregunta del millón: ¿por qué te lo has traído aquí? —preguntó Leslie mirando de reojo la hortera camisa con palmeras y flamencos que llevaba Ben. Además, la había

conjuntado con unos pantalones pesqueros que dejaban al descubierto unos calcetines blancos.

—Cariño, no digas esas cosas de Ben, ni siquiera le conoces.

—Pero...

—Es un hombre fabuloso, no le juzgues por la primera impresión.

—¡¡Lleva una camisa con flamencos!! —exclamó como si esa fuera razón de peso para juzgarle.

—¿Y qué? ¿Qué tienes contra los flamencos? —Leslie no se esperó aquella pregunta y fue incapaz de responder nada—. Además... estoy enamorada de él.

—Mamá creo que tanto tomar el sol en el crucero te ha hecho tener alucinaciones. ¿Cómo vas a estar enamorada de alguien al que hace tres semanas que conoces?

—Hija, a veces me asusta que seas tan cínica...

—¿Es que no te das cuenta de que nada de lo que dices tiene sentido?

—Pues para mí lo tiene.

—Mamá...

—No, Leslie, no quiero oírte. Ben y yo nos queremos. Y no solo nos queremos. —Cecile levantó el dedo anular de la mano izquierda y se lo enseñó—. Nos hemos casado.

Ay. Dios. Mío.



Leslie condujo hasta Snow Bridge, el pequeño pueblo de Vermont en el que vivía, sintiendo un martilleo en las sienes. Seguía sin creerse que su madre se hubiera casado con una persona a la que solo conocía de unas semanas en una boda oficiada por el capitán de un barco. Y lo que es peor, Leslie no entendía cómo podía haberse enamorado de aquel personaje. Si su atuendo era de mal gusto, su forma de reír como los cerditos dejaba mucho que desear.

En aquel trayecto, Ben no dejó de hablar ni un solo momento, y le explicó que era de Nueva York y que acababa de jubilarse. Cuando le preguntó por su familia su rostro pareció ensombrecerse durante unos segundos y dijo que estaba solo en la vida.

Cuando llegaron a casa, Leslie les ayudó a sacar el equipaje del maletero y dijo a su madre que se pasaría por casa un día próximo para hablar con tranquilidad. Estaba segura que cuando su madre se acomodara de nuevo a su vida en Snow Bridge se daría cuenta del error que había cometido. Al fin y al cabo, actuar de forma impulsiva no iba para nada con el carácter comedido y reservado de su madre.

No muy convencida, puso rumbo a su casa. Cuando regaló a su madre el

crucero, nunca imaginó que las cosas acabarían torciéndose de aquella manera.

Dejó el coche aparcado bajo el gran árbol que había en su parcela y cogió el correo del buzón antes de entrar en casa.

Vivía en una casa adosada muy pequeña, que a ella le encantaba, con la fachada de ladrillo rojizo, planta rectangular y dos habitaciones. Sus padres se la financiaron poco después de licenciarse.

Leslie dejó la chaqueta colgada del perchero y empezó a revisar las cartas que había cogido. Eran facturas en su gran mayoría. Pero entonces, una llamó su atención sobre las demás. Un sobre con un papel sedoso y sin remitente.

Frunció el ceño y abrió el sobre. Con la mirada fija en sus manos, sacó una preciosa tarjeta de él. Un grito escapó de su garganta al ver de lo que se trataba...

Capítulo 2

Leslie llamó a sus dos mejores amigas, Sophie y Amy, y las citó con urgencia en la cafetería de Joe, donde servían las mejores tortitas y el mejor café de todo el pueblo. La cafetería estaba situada frente a la plaza central de Snow Bridge, y era uno de sus lugares preferidos de reunión.

Nada más entrar por la puerta, localizó a las chicas sentadas en una mesa del fondo. Parecían impacientes, y al verla llegar le acribillaron a preguntas. Leslie las tranquilizó con una sonrisa, pidió una taza de café y un bolló de chocolate y entre sorbo y sorbo empezó por explicarles lo de su madre.

—¡No me puedo creer que se haya casado! —exclamó Sophie, con los ojos muy abiertos.

Se notaba que Sophie había salido de casa a toda prisa, porque tenía la camiseta manchada de lo que Leslie supuso que sería babas de la pequeña Anne y llevaba su preciosa melena rubia completamente despeinada. Hacia un mes que Sophie había dado a luz a su primera hija y aun se estaba amoldando a su nueva vida.

—Pues créetelo, porque es cierto.

—A mí me parece muy romántico —dijo Amy a su lado, con rostro soñador.

—Deberías dejar de leer novelas románticas —le recriminó Leslie

poniendo los ojos en blanco.

Amy, Sophie y Leslie eran amigas desde pequeñas y trabajaban juntas en la posada de Snow Home, un pequeño hotelito situado a las afueras del pueblo.

Amy era dulzura y altruismo en estado puro. Tenía un corazón enorme que no le cabía en el pecho, y era tan buena persona que más de una vez esto le había causado problemas. Además, coleccionaba novelas románticas, algo que la convertía en una romántica empedernida.

Sophie, por su parte, era extrovertida pero reflexiva y había vuelto a sus vidas después de varios años viviendo en Nueva York. Durante un tiempo, tanto Leslie como Amy, habían estado muy enfadadas con ella. Pero tras regresar al pueblo, Sophie se esforzó por resarcirse de sus errores y ambas decidieron darle una segunda oportunidad.

Por último, estaba Leslie, que era impulsiva y directa. Tenía mucho carácter, y cuando algo le molestaba no dudaba en decirlo. Su sinceridad no siempre era bien recibida, pero ella así y no podía (ni quería) hacer nada por cambiarlo.

—Yo solo digo que está bien que tu madre haya conocido a alguien que la haga feliz. Se lo merece después de la tristeza que arrastraba tras la muerte de tu padre —dijo Amy, defensora nata de las causas perdidas.

—Pero ese hombre es... es... un espantajo. Es bajito, barbudo y

gordinflón, viste de forma hortera y habla por los codos.

—¿Qué tienes contra los gordinflones? —Amy le miró dolida a través de sus ojos verdosos, y Leslie enseguida se dio cuenta de su error. Su amiga siempre había sufrido por su sobrepeso, y aunque ahora se aceptaba tal como era, una mujer hermosa de caderas prominentes que nunca cumpliría con los cánones socialmente impuestos, seguía sintiéndose mal cuando alguien hacía ese tipo de comentarios.

—Su peso es lo de menos, cielo, no quería hacerte sentir mal con eso. Lo que quiero decir es que no me inspira confianza en general.

—Pero a tu madre le gusta, ¿no? —preguntó Sophie, encogiéndose de hombros.

—Ella cree que sí, pero yo estoy convencida de que solo es un espejismo, ya sabes, estaba sola en un crucero en el que no conocía a nadie y las cosas se viven con más intensidad cuando estás rodeada de desconocidos.

—Leslie...

—Sé de lo que hablo, de verdad. Mamá se merece a alguien mucho mejor. Ese hombre no le llega a mi padre ni a la suela de los zapatos. En cuanto pasen unos días, quedaré con ella y le abriré los ojos.

Amy y Sophie compartieron una mirada significativa. Ambas pensaban que su amiga estaba siendo muy terca con todo aquel asunto, pero se callaron sus opiniones porque conocían a Leslie. Cuando se le metía algo entre ceja y

ceja era imposible hacerle cambiar de opinión.

Leslie decidió que era buen momento para cambiar de tema, así que sacó la tarjeta que había recibido y se la tendió. Sophie la cogió con una ceja fruncida, la colocó entre ella y Amy y la abrió.

Ambas dibujaron una o enorme en los labios, visiblemente sorprendidas.

—¿Zoe te invita a su fiesta de compromiso?

—Ajá.

—No sabía que estuviera saliendo con alguien.

—Yo tampoco.

—¿Eric Drake? —preguntó Sophie en un susurro.

—¿El heredero de la cadena hotelera? —preguntó Amy con la voz estrangulada.

Leslie se cruzó de brazos y soltó un gruñido lleno de frustración. De nuevo, Zoe le recordaba lo insulsa que era su vida en comparación. No solo había tenido éxito con la empresa que abrió al terminar los estudios, sino que además estaba prometida con uno de los hombres más ricos del país.

Leslie y Zoe habían compartido habitación en la residencia de estudiantes de la universidad, y su relación siempre había sido un poco complicada. Ambas se convirtieron en rivales desde el principio, y competían por casi todo. Por quedarse con la habitación más grande, por sacar las mejores notas, incluso por salir con los chicos más atractivos.

Hacía años que no se veían, y Leslie estaba convencida que la muy bruja había disfrutado al enviar aquella invitación, a sabiendas que su vida era mejor que la de Leslie.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a ir?

—Pues no lo sé, la verdad...

—Seguro que será alucinante —dijo Amy que adoraba las bodas.

—Me ha invitado solo para restregarme su perfecta vida por la cara. No puedo ir. ¿Qué podría restregarle yo? No tengo nada.

—Tienes el hotel —le recordó Amy con tono de regañina. Al fin y al cabo, la Posada de Snow Home era un proyecto común, de las tres.

—Un hotelito en la montaña no es comparable a una empresa de productos de maquillaje que factura millones de dólares al año.

—No tienes nada que envidiar a esa vida. El dinero no siempre da la felicidad, y lo digo con conocimiento de causa —le recordó Sophie. Sus ojos azules brillaron.

Leslie sabía que quería decir Sophie con eso, porque ella misma había sufrido las consecuencias de un éxito profesional arrollador que la había vaciado de cosas importantes en el plano personal. Por suerte, regresar a Snow Bridge supuso llenar esos vacíos. Además de recuperar su amistad con ellas, había conseguido recuperar también a Gilbert, al amor de su vida.

—No sé, chicas...

—Deberías ir, demostrarle que eres una buena persona, que te alegras de su éxito y su matrimonio, sin celos ni envidias. Eso te hará ser mucho mejor que ella —dijo Amy, con una sonrisa dulce dibujada en ese rostro aniñado que siempre rezumaba bondad.

—Ni siquiera tengo acompañante.

—Eso es fácil. Podrías buscarte uno —sugirió Amy.

—¿A quién? La fiesta de compromiso es el próximo viernes... ¿Cómo voy a encontrar a un hombre decente para entonces?

Las tres chicas se quedaron en silencio, pensativas. Justo en aquel momento, la puerta de la cafetería se abrió y entró un chico pelirrojo. Un chico pelirrojo alto, de espaldas anchas y mandíbula marcada que les saludó con una sonrisa torcida al pasar por su lado. Un chico pelirrojo que era el doble del actor que hacía de Jamie en *Outlander*, que cojeaba un poco como secuela de un viejo accidente y que, varios años atrás, le rompió el corazón.

Leslie odiaba a Kyle O' Neill con toda su alma.

Sin embargo, en aquel momento, con los ojos clavados en su espalda, Leslie, Amy y Sophie pensaron exactamente en lo mismo.

Capítulo 3

Dos días más tarde, Kyle acababa de salir de la ducha cuando el timbre del apartamento sonó. Cogió el móvil con las manos aún húmedas y miró la hora. Faltaban unos minutos para las ocho de la mañana. ¿Quién podía ser tan temprano?

El timbre volvió a tronar y Kyle se enrolló una toalla en la cintura y corrió hacia la puerta, dejando huellas en su recorrido. Abrió la puerta sin ni siquiera mirar por la mirilla, y se quedó de piedra al instante. Al otro lado, estaba Leslie.

Leslie, la chica por la que se coló como un idiota años atrás y con la que lo fastidió todo por culpa de la aparición de Georgia.

Leslie le observaba con los ojos y los labios ligeramente abiertos. Su mutismo le sorprendió. Leslie no era el tipo de chica que se quedaba en silencio sin saber qué decir, todo lo contrario. Era el tipo de chica que lanzaba comentarios mordaces sin ton ni son. Pero ahí estaba, callada, mirándole de arriba abajo como si fuera comestible.

Entonces Kyle recordó que estaba medio desnudo. Solo una toalla tapaba la parte inferior de su cuerpo. Del cabello pelirrojo caían unas gotas que se deslizaban hacia abajo.

Dibujó una sonrisa de suficiencia en los labios al comprender que su

mutismo repentino se debía a su propia desnudez.

—¿Querías algo o solo has venido a comerme con los ojos?

Aquel comentario fue suficiente para que Leslie saliera de su ensoñación y frunciera su ceño con enfado.

—Pero a ti que te pasa, ¿no tienes ropa o qué?

—La tengo, cielo, pero me has pillado saliendo de la ducha.

—No deberías abrir a la gente medio en bolas —farfulló.

—Pues hace un rato no parecía importarte mucho... De hecho, aun te queda un poco de baba aquí. —Le pasó un dedo por la barbilla y ella le golpeó la mano con un manotazo.

Sin embargo, no se marchó como Kyle había supuesto que haría, sino que le hizo a un lado de un empujón y entró en su apartamento. Los ojos de ella parecían echar chispas. Como dos estrellas fugaces tatuadas en el firmamento.

—Tienes que ayudarme —dijo ella de pronto, mirándole a los ojos con intensidad. Se había plantado en mitad del salón, con los brazos en jarras y la expresión de determinación en su mirada.

—Y ¿en qué se supone que te tengo que ayudar? —preguntó él pasándose una mano por el húmedo cabello.

Leslie se tocó el cuello, allí donde lucía su colgante con forma de estrella fugaz. Tocar ese colgante era un gesto que Leslie hacía de forma inconsciente

cuando algo le ponía nerviosa. A lo largo de aquellos años Kyle había aprendido a leer sus emociones en todos sus gestos.

—Quiero que me acompañes a la fiesta de compromiso este viernes.

Kyle agrandó los ojos llenos de sorpresa, sin comprender a que venía de pronto esa petición. Leslie llevaba años ignorándole. Su relación se había enfriado hasta tal punto que ambos actuaban como dos desconocidos. Sabía que él tenía parte de culpa de lo ocurrido entre ellos dos, pero a su vez, también odiaba el hecho de que ella nunca le hubiera dejado explicarse.

—Estarás de coña, ¿no?

—Pues no. Hablo muy en serio.

—¿Quieres que te acompañe a una fiesta de compromiso?

—Ajá.

—Tú estás loca.

—No, qué va, estoy muy cuerda.

— Pero ¿por qué yo?

—¡Porque me lo debes! —exclamó Leslie enfadada.

—¿Qué te lo debo? ¿Por qué?

—Por haber jugado con mis sentimientos años atrás.

Las palabras de Leslie fueron como un dardo envenenado que se clavó en las entrañas de Kyle. Aquello le dolió, muy adentro, en un lugar íntimo que creía inaccesible.

—¿Qué yo jugué con tus sentimientos? —Se acercó a ella hasta que sus cuerpos quedaron pegados. Su cercanía hizo que Leslie se estremeciera, pero no dejó de mirarle con la mirada llena de determinación. Así era ella, una valiente a la que nada ni nadie conseguía amedrentar—. No tienes ni idea de nada.

—Y no quiero tenerla. Eso ya no importa, Kyle. Hace mucho tiempo de aquello y no siento nada por ti. Pero te portaste como un cabrón conmigo, yo necesito tu ayuda y tu deber moral es ofrecérmela.

Una sonrisa irónica ocupó los ojos de Kyle. Ahí estaba ella, tan bonita, tan guerrera.

Kyle estaba convencido que la había olvidado. Que había conseguido enterrar en un lugar muy hondo sus propios sentimientos. Sin embargo, siempre que la veía algo volvía a florecer entre las ruinas de lo que un día sintió.

—Odio las bodas y todo lo que tiene que ver con ellas —dijo en apenas un susurro.

Leslie parpadeó. Se notaba que de todas las cosas que podía haberle dicho en aquel momento esa era la más inesperada.

—¿Qué? —preguntó aun desconcertada.

—Mira, odio muchas cosas en esta vida, pero las bodas están en la parte alta de la lista de cosas que no soporto, junto a las películas de Jim Carrey y

las canciones de Justin Bieber.

—Justin Bieber tiene canciones muy buenas —señaló Leslie.

Kyle sonrió escéptico.

—¿De verdad quieres que hablemos sobre eso ahora?

—¿Por qué no?

—No pienso acompañarte a ninguna fiesta de compromiso —concluyó Kyle, a sabiendas que la estrategia de Leslie era la de agotarle mentalmente a base de batallas dialécticas para que acabara cediendo.

—Pero me lo debes —repitió ella con seguridad.

Kyle resopló y pensó que quizás aceptar su petición era una forma como cualquier otra de terminar con sus borderías y sus comentarios ofensivos. Aquello les obligaría a pasar algo de tiempo juntos, ¿no?

—Si acepto tienes que prometerme una cosa. —Ella alzó una ceja para indicarle que se explicara—. Intentarás ser amable conmigo. Sobre todo, cuando estemos con los demás, es muy incómodo compartir espacio contigo cuando te pones en plan estúpida.

Leslie le lanzó una mirada asesina. Ambas compartían grupo de amigos, ya que Kyle era el mejor amigo de Gilbert, el novio de Sophie, y muchas veces quedaban todos.

—Lo intentaré, ¿te sirve?

Kyle sonrió.

—Sí, me sirve.

Capítulo 4

Leslie se marchó del piso de Kyle, se subió a su todoterreno y condujo en silencio de camino a la posada de Snow Home, donde trabajaba. Aún tenía el pulso acelerado y el corazón a mil, después de su encuentro con el pelirrojo. La imagen de su torso fornido había hecho que todo su cuerpo se activara.

Se regañó mentalmente por pensar en él de esa manera. Lo único que debía importarle era que había conseguido convencerle para que le acompañara a la fiesta de compromiso de Zoe. Seguía sin estar convencida de que aquella fuera una buena idea. Al fin y al cabo, su relación con Kyle era complicada. Pero no había tenido otra alternativa.

Buscando entretener su mente, que no dejaba de regresar una vez tras otra a la imagen del cuerpo semidesnudo de Kyle, Leslie encendió la radio y dejó que esta se enredara en las canciones country que sonaban en aquel momento en la radio.

Algunos minutos más tarde, llegó a la posada. Septiembre estaba a punto de terminar y la llegada del otoño había decorado el paisaje natural que rodeaba la casa de colores ocres, anaranjados y marrones, en una imagen bucólica de gran belleza.

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Leslie al recordar lo mucho que ella y Amy se esforzaron para poder comprar aquella vieja casa y

restaurarla hasta convertirla en un hotelito llena de encanto a las afueras del pueblo. Con tejado a dos aguas y pintada de color amarillo pastel, se trataba de un lugar de ensueño. El negocio había tardado en arrancar, de hecho, durante los dos primeros años, todo fueron pérdidas y mucha incertidumbre, pero gracias a la llegada de Sophie al pueblo, sus conocimientos en publicidad y su incorporación en el negocio, la posada llevaba meses generando una suma de dinero nada desdeñable.

Aquel negocio había sido el sueño de las tres desde pequeñas. Amy era la cocinera y sus platos eran conocidos por su calidad y su innovación. Leslie llevaba las cuentas y dirigía el hotel con sus conocimientos de gestión de empresas. Sophie, por su parte, era la encargada de promocionar el hotel para darlo a conocer por todo el país.

Leslie entró en el hotel haciendo sonar las campanillas de la entrada sobre su cabeza. Olivia estaba tras el mostrador, concentrada en la lectura de un libro. Al verla, sonrió y Leslie le devolvió la sonrisa. Olivia era la hermana de Amy y tenía sus mismas facciones aniñadas y agradables. Combinaba su trabajo en la recepción del hotel con el de camarera en el bar de Kyle, para pagarse así sus estudios a distancia, algo que se vio obligada hacer cuando sus padres, los señores Anderson, perdieron su granja y todo su dinero en una mala inversión. Sabía que Olivia y Amy se esforzaban al máximo para ayudarles a salir del pozo financiero en el que se habían

sumido.

Tras intercambiar un par de palabras con Olivia, Leslie entró en el despacho, donde se encontró a Sophie sentada frente al ordenador.

—¿Qué haces aquí? Deberías estar en casa con la pequeña Anne.

Era la tercera vez que le encontraba en aquel despacho, desoyendo el consejo de Amy y Leslie que le decían que se tomara unos meses de baja.

—Solo quería comprobar algunas cosas —dijo haciendo un mohín.

—Pero eso lo puedes hacer desde el ordenador de tu casa.

—Lo sé, pero echo de menos estar aquí, con vosotras. Si paso más horas sola con la niña me volveré loca. Es lo que más quiero en el mundo, pero también necesito un poco de tiempo para mí.

—¿Y dónde has dejado a Anne?

—Con mamá y Jacob.

Jacob era el niño que Amber, la madre de Sophie, había tenido con Joe, el propietario de la cafetería. Después de años siendo amigos, Amber y Joe habían acabado saliendo juntos, incluso hacía unos meses que se habían casado en aquella misma posada.

Por casualidades de la vida, Amber y Sophie se habían quedado embarazadas prácticamente a la vez, por lo que madre e hija estaban compartiendo juntas la maternidad.

—¿Cómo está el pequeño Jacob?

—Precioso. Ha heredado los ojos azules de mamá y el pelo oscuro de Joe. Es todo un principito.

—El otro día me encontré a Evan, tu hermano, y tenía unas ojeras que le llegaban hasta el suelo —dijo Leslie con una sonrisa divertida.

Sophie puso los ojos en blanco.

—Lo que ese zopenco tendría que hacer es buscarse una casa propia. — Y es que a pesar de ser mayor que ella, Evan seguía viviendo en casa de su madre, que ahora también era la de Joe.

En aquel momento, la puerta del despacho se abrió y Amy asomó la cabeza por ella. Llevaba una enorme sonrisa pintada en los labios y Leslie la encontró guapa. No es que Amy no lo fuera, a Leslie le parecía una mujer preciosa, pero aquella mañana se había arreglado de una forma especial. Se había dejado la melena color caramelo suelta sobre los hombros y llevaba un vestido azul muy favorecedor.

—He preparado café y pastel de zanahoria —canturreó sin abandonar la sonrisa.

Las tres amigas se dirigieron juntas a la cocina, que estaba en calma. Por ahora solo servían cenas, excepto los fines de semana que también servían almuerzos, por lo que no empezaría a haber movimiento hasta más tarde, cuando empezaban a llegar los impetuosos ayudantes de cocina de Amy.

Se sentaron alrededor de la mesa, donde Amy ya había servido tres

generosos trozos de tarta y tres humeantes tazas de café.

—Leslie, ¿no tienes nada que contarnos? —preguntó Amy alzando las cejas.

A su lado, Sophie abrió mucho los ojos.

—¡Es verdad! Se me había olvidado por completo lo de Kyle. ¿Has ido a verle?

—¿Y qué te ha dicho?

Leslie aplacó la curiosidad de sus dos amigas explicándoles todo lo acaecido. Ambas estaban al corriente de sus intenciones, de hecho, había compartido con ellas sus inquietudes.

Las dos la miraban expectantes mientras bebían café y comían tarta.

Cuando terminó su relato, Sophie sonrió.

—Así que al final te ayudará.

—Tampoco le he dado más opción que hacerlo. Hemos quedado mañana para ir a alquilar un smoking donde Bonnie. —Bonnie era la encargada de la tintorería del pueblo. Además de los servicios típicos de la tintorería, tenían servicio de alquiler de smoking—. Y yo supongo que tendré que acercarme a Burlington para comprarme un vestido.

—¿Y cuál es el plan? La fiesta es en Nueva York, ¿no?

—Sí. Hemos alquilado dos habitaciones para pasar la noche allí. La idea es marcharnos el viernes después de comer, cambiarnos allí, ir a la fiesta,

pasar la noche y regresar al día siguiente a primera hora a Snow Bridge.

—¿Estás segura de que va a salir bien? Kyle y tú juntos sois una bomba de relojería —dijo Sophie, mordiéndose el labio.

—Somos dos personas adultas. Podremos abandonar nuestras diferencias por unas horas.

Leslie estaba segura de que lo conseguirían.

Después de compartir la tarta y el café, Sophie regresó a su casa y Leslie se encerró en el despacho. Asomó la cabeza por la ventana que daba al bosque frondoso que delimitaba Snow Bridge con el pueblo vecino y dejó que los recuerdos de lo ocurrido entre Kyle y ella se apoderaran de su mente.



Kyle llegó a Snow Bridge hacía ya seis años. Apareció de la nada, y compró la vieja barbería del señor Graham para reconvertirla en un bar. Hasta entonces, los jóvenes del pueblo se habían tenido que conformar con las cafeterías y restaurantes como punto de reunión. Así que cuando Kyle abrió *Snowflakes* enseguida se convirtió en el sitio de referencia del ocio nocturno.

Amy y Leslie empezaron a frecuentar el bar durante la época en la que estaban inmersas en la reforma de la casa que iba a convertirse en la posada. Ambas seguían trabajando en sus respectivos trabajos durante aquella época

y quedaban después de cenar en *Snowflakes* para repasar datos e informes sobre el proyecto.

Kyle y Leslie apenas hablaron durante los primeros meses, y las pocas conversaciones que mantuvieron fue con Gilbert de por medio. En aquella época, Gilbert y Leslie se hicieron amigos, pues los dos tuvieron que sufrir la ausencia de Sophie en sus vidas.

Todo cambió la noche del primer aniversario de la muerte del padre de Leslie. En aquella fecha, Leslie se sumió en una tristeza profunda. Echaba de menos a su padre, al que idolatraba y quería por encima de todas las cosas. Recordar el día en el que respondió al teléfono y su madre con voz lacónica le dijo que su padre había sufrido un infarto y había muerto, le agujoneaba las entrañas.

Así que aquella noche, incapaz de dormir, se dirigió hasta el bar de Kyle y empezó a beber sola. Bebió una copa tras otra hasta conseguir desconectar la mente de sus recuerdos.

Leslie no recuerda nada más de lo que ocurrió aquella noche. Sus recuerdos se pierden en la oscuridad del bar. Lo primero que recuerda de la mañana siguiente fue despertar en un sitio que no era su cama, en una habitación que no era su habitación, con una ropa que no era su ropa.

A su lado, yacía Kyle, el camarero pelirrojo de aspecto escocés de *Snowflakes*, al que apenas conocía y que roncaba a pierna suelta, solo tapado

por unos bóxers.

Amber se sorprendió y temió que la noche anterior, embriagada de alcohol, hubiera cometido una locura, como insinuarse al camarero.

Se levantó de un salto de la cama y buscó su ropa por todo el dormitorio, pero no lo encontró.

—Está en la secadora. La pusiste perdida de vómito —dijo una voz ronca a sus espaldas.

Al girarse, vio a Kyle, mirándola adormilado.

—¿Qué hago aquí? —preguntó Leslie confundida.

—Te pregunté mil veces donde vivías, pero no parecías recordarlo. Así que te traje a mi casa.

Aquello le sorprendió.

—Gracias. Supongo.

—De nada. Supongo.

Leslie se mordió el labio y sintió como el rubor, tan poco frecuente en ella, ascendía por sus mejillas.

—Entonces, ¿tú y yo no...? —Se señaló con el dedo índice y después le señaló a él.

Kyle negó con la cabeza.

—Ibas doblada y nada más llegar me vomitaste en los zapatos. Créeme cuándo te digo que entre tú y yo no pasó nada. Además, nunca me

aprovecharía de una mujer que no es plenamente consciente de sus facultades.

Aquella fue la primera vez que Kyle y Leslie hablaron de verdad. Sin intermediarios de por medio. Kyle la convenció para que se quedara a desayunar y conversaron tranquilamente mientras compartían un plato de tortitas.

Ese fue el inicio de su amistad. Y así fue como Leslie descubrió el triste pasado de la cojera de Kyle. Kyle había tenido un accidente un par de años atrás, justo antes de firmar un contrato para uno de los equipos de Hockey hielo más importantes del país. Ese accidente lo había sufrido por culpa de un chico que conducía bajo los efectos de las drogas.

—No recuerdo nada. Solo el destello de las luces cegándome antes de la oscuridad absoluta.

Leslie también le explicó lo mucho que echaba de menos a su padre, por el que siempre había sentido una afinidad especial. Le explicó que era comisario de la policía local y que era muy querido por todo el pueblo.

A partir de aquel día, Leslie y Kyle fueron acercándose y estrechando los lazos de su nueva amistad. Leslie siempre se quedaba un rato con Kyle en el bar después de que Amy se marchara, y aprovechaba para charlar con él tranquilamente sentada en uno de los taburetes acolchados de la barra.

Una noche, después de hablar sobre lo mucho que les gustaba el cine

clásico, quedaron al día siguiente para ver juntos una película en su casa. Eligieron un título que era un tributo a los sueños y, tumbados en el sofá, hablaron sobre la vida, sobre sus sueños perdidos y sus sueños nuevos. Y estuvieron a punto de besarse... Pero en el último momento Kyle la rechazó. Cuando ella cerró al rostro y se acercó a él, Kyle se apartó como si quemara y le dijo que se había hecho tarde y que era mejor que se marchara.

Fue poco después de aquel rechazo que había dejado confundida a Leslie cuando apareció ella. Una chica de cabellos color miel, ojos verdosos y cuerpo escultural.

Leslie estaba en la barra cuando la vio entrar. Y se sorprendió, como se sorprendieron el resto de personas que estaban aquella noche en *Snowflakes*. Era una mujer hermosa, una de esas mujeres a las que no puedes evitar mirar de lo bellas que son.

Se acercó a la barra contoneando las caderas.

—Perdona, ¿sabes si aquí trabaja un chico llamado Kyle O'Neill?

Leslie afirmó, sintiendo como la garganta le quemaba por la sorpresa.

—Sí, este bar es suyo.

—Vaya. —Se quitó los guantes y paseó la mirada por el local, frunciendo el ceño con suavidad, con reprobación—. ¿Sabes dónde está?

—Ha entrado en el almacén, ahora saldrá. ¿Por? ¿Quién lo busca?

La chica sonrió con suavidad, haciendo que sus labios carnosos

resplandecieran bajo las luces de aquel bar.

—Soy Georgia Walker. Su novia.

Y ese fue justo el momento en el que la relación de Leslie y Kyle se rompió para siempre.

Kyle y ella habían compartido todo, todo excepto una cosa: que estaba comprometido con otra. Y aquello no se lo perdonó, incluso cuando él intentó explicárselo.

Porque Leslie podía perdonar muchas cosas, pero no podía soportar las mentiras ni las traiciones.

Leslie sentía que Kyle le había traicionado.

Capítulo 5

Durante los días siguientes, Leslie ocupó todo su tiempo en la preparación de todo lo necesario para la fiesta de compromiso de Zoe ese viernes. Confirmó la invitación por correo electrónico, ayudó a Kyle a elegir un smoking elegante y fue hasta Burlington a comprarse un vestido que le favoreciera.

Estuvo tan entretenida con todos esos quehaceres que apenas tuvo tiempo para pensar en su madre, en su boda improvisada en alta mar y en Ben. Se acordó de ellos el día que se encontró a este último en la cola del supermercado hablando con Grace. Hablaban entre risas sobre algo que no logró oír. Al verla, Ben pareció alegrarse, porque amplió su sonrisa y la abrazó con desmedida efusividad.

—Querida, no te he visto entrar. A ver cuando vienes a vernos, tu madre está deseando pasar tiempo contigo. —Tras decir esto, embolsó la compra, levantó una mano a modo de despedida y se marchó sonriente.

Aquella tarde llevaba una camisa a rayas fucsias y azules algo pequeña que se ceñía a la perfección en su enorme tripa, además, tenía un cerco de sudor en las axilas.

—Menudo hombre —le dijo Grace entre sonrisas mientras pasaba la compra—. Tiene un gran sentido del humor, tendrías que ver como hace reír a tu madre.

Leslie refunfuñó, pero no dijo nada, puso lo que había comprado en una bolsa y tras pagar, salió del supermercado ceñuda. Fue en aquel momento cuando supo que debía quedar con su madre y hablar con ella sobre Ben.

Quedaron en casa de Leslie al día siguiente. Leslie preparó un poco de té, encendió la chimenea y sirvió sobre la mesa del salón las tazas de porcelana que su madre le había regalado al mudarse en esa casa.

A las cinco en punto, su madre llamó a la puerta y Leslie abrió. Traía una bolsita de papel de la pastelería de Amber y Rachel. Leslie colocó las pastas en una bandeja y la dejó sobre la mesa al lado de las tazas y la tetera.

—Me alegro de que por fin podamos charlar —dijo Cecile, tras sentarse y dar un sorbo a la taza humeante.

—Sí, yo también, mamá. —Se quedó unos segundos pensativa, dejando que su mirada se perdiera en el fondo del líquido de la taza. Carraspeó y se tocó el cuello, allí donde lucía el colgante de la estrella fugaz, su amuleto de la suerte—: Tenemos que hablar de Ben.

—Lo sé, sé que todo esto debe haberte pillado por sorpresa. Quise decírtelo por mensaje, pero creí que era mejor esperar y decírtelo en persona y...

—Mamá...

—Y que le conocieras, porque es un hombre muy bueno, Leslie. Me hace feliz, y después de tanto tiempo viviendo en blanco y negro...

—Mamá...

—Creo que me merezco ser feliz y volver a disfrutar de la vida que me queda, que no es mucha.

—¡¡Mamá!! —exclamó Leslie al fin, hasta que su voz se alzó por encima de la de su madre y esta se quedó callada mirándole fijamente—. ¿No te das cuenta de que estás haciendo el ridículo con ese hombre? —dijo ella. No quiso parecer cruel, pero lo fue.

—¿Qué quieres decir?

—Mamá, Ben es un desastre. Es bajito, gordinflón, desaliñado, siempre está sudando y viste con ropa hortera. ¿Se puede saber que viste en él?

El rostro de Cecile mutó a medida que aquellas palabras salieron de la boca de Leslie, tensionando sus facciones a causa del enfado.

—Tú no le conoces.

—No me hace falta conocerle para saber que él no te merece. No se parece a papá, no le llega a la suela de los zapatos.

—No sabes nada de él, Leslie. Y no tienes derecho a juzgarle. Además, yo no estoy buscando un sustituto para tu padre. Nunca lo pretendí. Tu padre siempre será el gran amor de mi vida. Pero ¿no me merezco tener un compañero para aprovechar el tiempo que me queda? Alguien con el que poder compartir las pequeñas cosas del día a día...

Leslie suspiró, sintiendo que un remolino de emociones se le enredaba

por dentro.

—No digo que no rehagas tu vida con alguien, pero ¿tiene que ser con Ben? No entiendo lo que ves en él.

—No, no lo entiendes porque no te has tomado la molestia de conocerle, Leslie. Ben es bueno, generoso y divertido. Me hace reír, ¿sabes cuánto tiempo hacía que nada me hacía reír? Tuve agujetas en la cara al día siguiente de conocerle, y con eso te lo digo todo —dijo Cecile mientras se levantaba de la mesa y empezaba a recoger sus cosas.

—Mamá, no te marches así —dijo Leslie cogiendo a su madre del codo.

—Sabía que mucha gente me juzgaría por llegar al pueblo con una persona que no cumple con los cánones preestablecidos. Pero nunca creí que tú serías una de esas personas. Estoy muy decepcionada.

—Mamá... —No pudo decir nada más, porque su madre salió de su casa dando un sonoro portazo.

Aquella tarde, Leslie se quedó en casa sin saber muy bien que debía hacer. Se sentía mal por cómo había ido la conversación con su madre, pero seguía pensando que aquel hombrecillo con ojos de besugo y manos sudorosas no era bueno para ella.

Claro que podía salir con personas y ser feliz, pero ¿tenía que serlo justamente con aquel espécimen tan grotesco?

Su madre era bonita, estaba convencida de que podía aspirar a algo

mejor.

Sin embargo, tenía la intuición que sacarla de su error iba a ser mucho más difícil de lo que ella había supuesto en un primer momento...

Capítulo 6

Kyle miró a Gilbert que bostezaba por enésima vez. Desde que había sido padre, su amigo se había convertido en un muerto viviente. En aquel momento, mientras pasaba un trapo por la barra de madera de Snowflakes, su bar, Kyle se dijo que debería hacerle una foto, imprimirla y colgarla en todas las entradas de los institutos del país para prevenir los embarazos no deseados. Y es que su estado lamentable seguro que era más efectivo que cualquier charla sobre educación sexual.

—Tío, deberías irte a la cama —le aconsejó Kyle, dándole una palmada en la espalda de forma cariñosa.

—No, he venido para tomarme una cerveza contigo y darte ánimos por lo de mañana.

—Ya me doy por animado. Además, no es que me vaya a la guerra, solo voy a pasar unas horas con Leslie.

—Creo que eso es peor que algunas guerras...

Kyle chasqueó la lengua contra el paladar.

—Solo es una chica.

—Por la que estuviste muy colado.

—¿Y qué? Tú lo has dicho. Lo estuve. Ya no siento nada por ella.

Gilbert le lanzó una mirada suspicaz.

—Eso mismo decía yo hace un año. Y mírame ahora. Enamorado hasta las trancas de Sophie y con una hija que no me deja dormir por las noches.

—Lo tuyo es distinto —dijo Kyle, restándole importancia—. Eras novios de toda la vida. Lo mío con Leslie fue distinto. Tuvimos una posibilidad hace unos años, las cosas se torcieron y no pudo ser.

—Tendrías que explicarle lo que pasó de verdad con Georgia. Quizás de esta manera te perdonaría y dejaría de odiarte.

—¿Crees que no lo intenté? —Kyle apoyó los codos sobre la barra y suspiró—. Lo intenté decenas de veces. Pero Leslie no quiso escucharme. Ya sabes cómo es, tozuda y terca hasta decir basta.

—Te rendiste demasiado pronto.

—Yo también tengo mi dignidad, tío. No pienso arrastrarme jamás por una mujer, y menos por una que decide odiarme sin ni siquiera escuchar lo que tengo que decir.

Gilbert suspiró. Sabía que se trataba de una cuestión complicada porque él estaba en medio. Leslie también era su amiga y en cierta manera entendía su enfado. Además, todas las veces que había intentado mediar con ella por Kyle, esta le había dejado claro que no quería saber nada del asunto. Al fin y al cabo, Kyle tenía razón al decir que Leslie era terca y tozuda.

Hablaron unos minutos más, pero cuando Gilbert volvió a bostezar, Kyle le amenazó con sacarlo a patadas sino se iba a casa. Sabía que su amigo

estaba preocupado por él, pero debía descansar. Gilbert era profesor en el instituto del pueblo, y debía estar descansado y tranquilo si quería sobrevivir a las travesuras de sus alumnos al día siguiente.

Aquella noche, Kyle pudo cerrar temprano. Entre semana la gente solía irse a la cama pronto, por lo que antes de medianoche podía cerrar el negocio y regresar a su casa.

Aquella noche, nada más llegar, Kyle se preparó una taza de chocolate caliente y se sentó en el alfeizar de la ventana. Hacía una noche bonita, de esas en las que las estrellas brillan con intensidad. Aquella noche le recordó a otra noche, varios años atrás, cuando una estrella fugaz cruzó el cielo y un coche le arrolló fuera de la carretera.

A veces aún pensaba en aquel futuro prometedor que vio escapar entre sus dedos como si fuera humo cuando el coche le arrolló. Él que había destinado toda su vida al hockey hielo, que había entrenado día sí y día también para ser el mejor, había tenido que renunciar al sueño de su vida por aquel maldito accidente que le había dejado lisiado.

Quizás su cojera era prácticamente imperceptible, pero para él era el recordatorio diario de lo que le había prohibido seguir practicando aquel deporte que tanto amaba.

En aquel momento, mirando el cielo, le pareció ver una estrella fugaz.

Sin embargo, aquella noche no pidió ningún deseo.

Se había quedado sin ellos.

Capítulo 7

Leslie cogió la maleta de ruedecillas y la funda donde guardaba el vestido que se pondría a la noche, salió del despacho y se dirigió hacia la cocina. Amy estaba atareada repasando una receta y dando instrucciones a sus ayudantes. Era fascinante verla trabajar, tan entregada a la pasión que sentía por la cocina. De nuevo, como le había ocurrido durante toda aquella semana, la encontró más bonita que nunca. Parecía... contenta, feliz, y aquello le iluminaba el rostro.

Al verla, Amy dejó todo lo que estaba haciendo y se acercó corriendo hacia ella.

—¿Ya te vas? —preguntó a Leslie apretando su mano con cariño.

—Sí, deséame suerte.

—No te hace falta, cielo. Irá bien. —Le abrazó con cariño—. Este abrazo es de parte de Sophie también. Lamenta no poder estar aquí.

Intercambiaron un par de frases más, le dio otro abrazo y se marchó.

Hacía una tarde de octubre bonita. El sol ya empezaba a desfilarse en el horizonte y bañaba el paisaje de una bonita luz anaranjada. Leslie dejó la maleta en el maletero, colgó el vestido del colgador del asiento trasero y condujo hasta la casa de Kyle. Le envió un mensaje al llegar y Kyle salió por la puerta del edificio pocos minutos más tarde. Se sentó en el asiento del

copiloto tras dejar todas sus cosas en la parte trasera.

—¿Seguro que no quieres que conduzca yo? —preguntó Kyle, solícito, colocándose con un gesto el cinturón de seguridad.

—No, prefiero hacerlo yo.

Encendió el motor, puso la radio a un volumen alto que no permitía mantener ningún tipo de conversación y empezó a conducir.



Llegaron a Nueva York pasadas las cinco de la tarde. Leslie aparcó el coche en el parking del hotel y pidieron las llaves de las habitaciones en recepción. No era un hotel muy lujoso, pero estaba muy cerca del lugar donde se celebraba la fiesta. Además, era económico y solo iban a quedarse una noche.

Se cambiaron de ropa cada uno en sus respectivas habitaciones y quedaron en verse fuera a las seis y cuarto para llegar puntuales a la fiesta.

A medida que la hora se acercaba, las dudas no hacían más que aumentar en el interior de Leslie. Incluso empezó a dolerle el estómago, algo que solía ocurrirle cuando se ponía muy nerviosa. Hacía años que no veía a Zoe y no estaba segura de cómo reaccionaría a sus típicos comentarios malintencionados. En aquel momento se maldijo por haber aceptado su

invitación. No le apetecía nada someterse bajo el escrutinio de aquella mujer cuya relación no sabía muy bien cómo definir. En su caso, la línea entre la amistad y el odio era realmente imperceptible.

Se vistió con el precioso vestido de color azul medianoche que compró días antes y se dejó la cabellera color chocolate suelta sobre los hombros, ondulando las puntas con un rizador. Decidió maquillarse los ojos con un ahumado en negro, para hacer que sus ojos color castaños resaltaran y parecieran más claros. Completó el look con un labial de color rojo y unos zapatos color plata, a conjunto con el bolso.

A la hora acordada salió al pasillo, llevándose con ella un abrigo clásico cruzado para cuando salieran el exterior. A aquellas alturas del año, en Nueva York empezaba a hacer frío.

Nada más verla, Kyle se quedó sin respiración. Leslie era una mujer sencilla, que solía vestir con ropa cómoda, sin excesos. Aquella noche, con aquel vestido, Kyle no pudo evitar repasarla con la mirada. Era una mujer preciosa, nunca había tenido dudas sobre ello, pero en aquel instante le pareció espectacular, con aquel vestido de seda cayendo sobre su cuerpo, que parecía invitarle a tocarla, y la melena ondulada y suelta, enmarcando su perfecto rostro.

Leslie también miró a Kyle con el pulso acelerado. Si bien ya le había visto con el smoking puesto cuando fueron a alquilarlo, se lo había probado

con prisas y sin ganas, además que Bonnie tuvo que hacer unos pequeños arreglos para que le quedara perfecto. Y ahí estaba, con la camisa blanca perfectamente planchada y abrochada, la pajarita en el cuello y el esmoquin que le sentaba como un guante. Por no hablar de ese pelo pelirrojo revuelto que le daban ganas de acariciar para comprobar si era tan suave como parecía...

—¿Vamos? —preguntó él tras unos segundos de silencio. Leslie vio cómo su nuez subía y bajaba con dificultad al tragar.

—Vamos.

Cogieron un taxi y se dirigieron hasta un edificio histórico que Zoe había conseguido alquilar gracias a la influencia de su rico e influyente marido.

En la entrada, les preguntaron el nombre, lo tacharon de una lista y les cogieron el abrigo. El edificio era precioso, con una escalinata que subía poderosa con una alfombra roja central hasta la primera planta.

—Cógete de mi brazo —susurró Kyle en su oído. Leslie frunció el ceño desconfiada—. Se extrañarán si no lo haces.

Leslie decidió obedecer y se colgó de su brazo fornido y musculoso. Se preguntó cuántas horas de deporte debía hacer al día para mantener aquella musculatura en forma.

Cuando entraron en la sala donde se celebraba la fiesta, se quedaron sorprendidos por la cantidad de gente y la hermosura de la estancia en

cuestión. Los techos eran altísimos, las molduras muy bellas llenas de relieves, las paredes tenían un papel pintado muy elegante y unos cuadros renacentistas decoraban las paredes con mucho gusto.

Había mesas llenas de comida por toda la sala, y un montón de camareros vestidos de forma elegante repartían canapés con sus bandejas plateadas.

—Madre mía, creo que es el sitio más lujoso en el que he estado en toda mi vida —dijo Kyle sorprendido por tanto lujo.

Leslie buscó a Zoe con la mirada, pero no la encontró. El hecho de no verla le puso aún más nerviosa. Quería tenerla controlada con la mirada para no verla aparecer por sorpresa.

Un camarero pasó por su lado con copas de champán y ella cogió una al vuelo. Dio pequeños tragos mientras daba vueltas sobre sí misma buscando a su objetivo.

Pero el objetivo le encontró a ella.

Capítulo 8

—Querida, me alegro de verte —dijo Zoe, dándole uno de esos abrazos y besos al aire que ella odiaba tanto.

Cuando la miró, sintió una envidia inmediata. Estaba guapa a rabiar, con un vestido de gasa que caía sobre su cuerpo como si la envolviera. Y a su lado estaba Eric Drake, con una sonrisa elegante tatuada en la cara.

—Querido, esta es Leslie Morris. Estudiamos juntas y compartimos piso en la residencia de estudiantes durante la universidad. Leslie, él es mi futuro marido. Erick Drake.

Dios, era más guapo en persona que en las fotos que había encontrado en internet.

Pero Kyle lo era más, lo supo cuando los ojos de su amiga lo estudiaron con interés.

—Él es Kyle O' Neill, mi... pareja —le presentó Leslie mirándolo con fingida adoración.

Zoe acarició su brazo con una sonrisa coqueta. Le gustaba lo que veía. Era tan evidente que Leslie sintió una gran satisfacción.

—Bueno, Leslie, ¿y qué tal te va? ¿Sigues trabajando en ese hotelito? —

preguntó Zoe cambiando su tono de voz a uno un poco más pasivo-agresivo —. Cielo, Leslie es gerente de una posada en su pueblo, he visto fotos, y es muy... agradable. Rústico.

En el lenguaje de Zoe, decir que algo era agradable o rústico era decir que era para paletos. La conocía. Escondía sus insultos debajo de palabras que podrían parecer agradables a simple vista.

—Pues bien, me va muy bien. Sigue siendo un hotelito, agradable y rústico —respondió Leslie con ironía.

—Me alegro. Siempre le digo a Eric que deberíamos escaparnos un fin de semana a Vermont para desconectar, pero estamos tan liados con nuestros negocios... —Rio falsamente, con la mirada fija en su futuro marido—. Ya sabes, tener un negocio de verdad es complicado, mucho trabajo y horas sin dormir, pero es el precio que hay que pagar para el éxito.

—Sí, lo imagino. Ahora entiendo porque esas arrugas debajo los ojos —dijo Leslie incapaz de responder los comentarios malintencionados de su amiga.

A su lado, Kyle escondió una carcajada con un ataque de tos y Zoe la miró con una sonrisa tan falsa como la risa anterior.

—Ves, ¿Eric? Ya te dije que mi amiga Leslie era muy graciosa. Tiene una chispa especial —dijo sin dejar de mirarla con esa mirada asesina que podría matar a distancia—. Bueno, chicos, os dejo, tenemos que seguir con la

ronda de saludos. Que lo paséis bien.

Zoe cogió el brazo de Eric y se alejó de ellos hasta el siguiente grupo de personas que se encontró por el camino. Leslie dejó escapar el suspiro que, sin querer, había estado reteniendo.

—Pero bueno, ¿qué pasó entre vosotras? Menudas miradas os echabais.

—Es una historia muy larga.

—Tenemos tiempo suficiente por delante —dijo Kyle. Le cogió de las manos la copa de champán vacía para sustituirla por otra llena que cogió de la bandeja de un camarero que pasaba casualmente por ahí. Cogió otra para él.

Leslie decidió explicarle toda la historia. Desde el principio, sus personalidades chocaron, y es que las dos eran perfeccionistas y querían ser las mejores. Por ello empezaron a retarse y los cuatro años de universidad que compartieron los pasaron entre retos continuos. A veces había ganado Leslie, otras Zoe. Al acabar la carrera terminaron en tablas.

En el fondo, Leslie sabía que, si había conseguido terminar la carrera Cum laude, había sido gracias a los desafíos constantes de Zoe. Era esa némesis necesaria que te ayuda a querer mejorar. Aun así, eran demasiado parecidas como para que pudieran ser amigas de verdad, chocaban demasiado.

La velada se animó al cabo de un rato. Sacaron una tarta, los novios dijeron unas palabras a los invitados y alguien leyó un poema que hizo llorar

a la madre del novio. Poco después, todo terminó y algunos invitados empezaron a marcharse, aunque la fiesta seguía hasta la madrugada para los que querían quedarse.

—¿Te parece si nos marchamos? —preguntó Leslie a Kyle.

—Lo estoy deseando —le confesó este con una sonrisa.

Leslie decidió pasar antes por el baño. Cuando salió del cubículo para lavarse las manos, se encontró Zoe retocándose el maquillaje en el espejo.

—¿Qué tal te lo estás pasando? —preguntó Zoe cómo buena anfitriona.

—Bien. Felicidades, ha sido una fiesta muy bonita. —Fingió una sonrisa—. Aunque nosotros ya nos vamos.

—Ajá.

Leslie se lavó las manos mientras Zoe juntaba y separaba sus labios a los que acababa de aplicar una capa de labial rosa.

—Bueno... Supongo que nos veremos en la boda —dijo Leslie dispuesta a marcharse de ahí cuando terminó de secarse las manos, pero Zoe la retuvo cogiéndola del brazo.

—Oye, no te creas que soy tonta. Sé que ese chico que te has traído no es tu novio. Te sigo en las redes sociales y nunca te he visto con él.

Aquel comentario inesperado sorprendió a Leslie.

—No nos gusta hacernos fotos juntos —dijo inventando una excusa sobre la marcha.

—Sé que lo has traído para impresionarme, porque sabes que está más bueno que Eric y querías ganarme en eso. ¿A qué sí? Qué es, ¿un gigoló?

Leslie sintió que la ira hervía en sus venas. Pero ¿cómo podía decirle aquello? Puede que Kyle no fuera su novio, pero ¿tan rastrera le creía como para contratar a un gigoló?

—Tú estás enferma, Zoe. Kyle es mi novio, y puedes creerte lo que te dé la gana. Siempre serás una bruja sin corazón. Nunca cambiarás.

Leslie salió del baño, pero antes de alejarse lo suficiente, escuchó una última frase:

—Ningún chico como Kyle se fijaría en ti. Y lo sabes.

Cuando llegó de nuevo a la sala de la fiesta, buscó a Kyle con la mirada. Estaba esperándola cerca de la puerta. Se acercó a él, le cogió del brazo y le arrastró hacia el exterior. Antes de salir por la puerta principal, alguien les devolvió los abrigos. Leslie se puso el suyo respirando de forma irregular. Sentía que los pulmones se le quedaban sin aire. Que no podía respirar.

—Leslie, ¿qué te pasa? —le preguntó Kyle a su lado, acariciándole la espalda con suavidad.

Leslie le miró, le miró y sintió de nuevo la voz de Zoe recordándole que nunca podría tener un hombre con él. El recuerdo de aquel casi beso varios años atrás, le hizo estremecer. ¿Y si tenía razón? ¿Y si había sido demasiado inocente entonces para creer que un hombre de la altura de Kyle podía desear

besarla a ella?

Ella había creído entonces que eran más que amigos, pero la llegada de Georgia le demostró lo contrario.

En aquel momento, con la respiración entrecortada y los recuerdos arremolinados en su cabeza, Leslie perdió la cordura. Necesitaba sentirse querida, sentirse más de lo que era.

Miró a Kyle y sin pensarlo si quiera, le rodeó el cuello con los brazos y le besó. Sus labios chocaron algo descoordinados, pero eso no importó. Enseguida encajaron de una forma perfecta, y Leslie abrió la boca para dejar que sus lenguas se enredaran. Kyle la estrechó entre sus brazos, y soltó un gruñido ronco cuando ella le mordió el labio inferior.

Siguieron besándose un tiempo incierto delante de la puerta de aquel edificio histórico. Solo se separaban para coger aire y volver a besarse. En algún momento entre beso y beso, Leslie se separó de él y le miró a los ojos. Los de Kyle estaban oscurecidos por el deseo recién encendido.

—Solo una noche —le dijo ella en un susurro.

—¿Qué?

—Démonos esta noche, Kyle.

Kyle no sabía que podía haber pasado para que Leslie le hubiera besado de aquella manera y le hiciera aquella petición, pero no pudo más que afirmar con la cabeza para volver a besarla. Entre beso y beso consiguieron llamar a

un taxi y subirse en él.

Siguieron besándose apasionados en la parte de atrás del taxi, bajo la atenta mirada del taxista que parecía estar acostumbrada a aquel tipo de arrebatos pasionales.

Cuando llegaron al hotel, se dirigieron nerviosos hasta el ascensor. No pudieron besarse dentro porque compartían espacio con más gente, pero cuando salieron al pasillo y las puertas se cerraron, Kyle y Leslie volvieron a entregarse a una pasión descontrolada.

Las manos de Kyle no dejaban de subir y bajar por el cuerpo de ella, como si quisiera aprendérselo de memoria a través de la yema de sus dedos.

—¿En tu habitación o en la mía? —preguntó él.

—En la tuya.

Kyle se sacó la tarjeta del bolsillo y la introdujo en la ranura de la puerta. Soltó un taco cuando, después de tres intentos, esta no parecía querer abrirse.

—Dame —susurró Leslie en su oído.

Kyle le tendió la tarjeta y Leslie, en un solo intento, consiguió que la puerta se abriera.

Leslie sonrió y Kyle le besó la sonrisa.

La quería para él, la quería toda entera.

Volvieron a encadenar beso con beso hasta caer enredados en la cama.

Kyle tenía prisa por sentir la piel de Leslie debajo de la suya. Después de

tanto tiempo deseándola en silencio, a sabiendas que no debía hacerlo, por fin iba a poder saborearla.

Le quito el vestido de un tirón. No fue delicado, sino que sus grandes manos prácticamente se lo arrancaron. Cuando la vio en ropa interior, Kyle sintió como todo su cuerpo se encendía. Leslie era preciosa, pero desnuda era jodidamente perfecta.

Leslie también empezó a quitarle la ropa a Kyle. Se deshizo de la americana y los pantalones, y al llegar a la camisa, su impaciencia hizo saltar unos cuantos botones.

—Tengo que devolverla —jadeó él contra su boca.

—Ya los coserás.

Kyle se deshizo de la ropa interior de Leslie y se quitó los calzoncillos.

Empezaron a besarse de nuevo y a abrazarse desnudos entre besos largos y pasionales.

Kyle decidió que quería probarla entera, y empezó a descender por su cuerpo, lamiendo y besando toda la piel que encontró en su recorrido, hasta colocarse entre sus piernas y hacerle retorcer de pasión con su boca.

Sopló, lamió, volvió a lamer y a soplar. Cuando notó que Leslie estaba al borde del orgasmo, paró, se puso el condón que había traído como hombre prevenido que era, y la penetró.

Se mecieron en un baile rítmico, lleno de jadeos y gemidos. Leslie cruzó

las piernas sobre su trasero torneado, atrayéndolo más a ella, y apretó las uñas en su espalda. Kyle empezó a aumentar el ritmo de sus embestidas, hasta que notó que ella se corría y, con un par de embestidas más, él se corrió con ella.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, Leslie se despertó con el cuerpo entumecido. Soltó un quejido a la vez que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad de la habitación. Le costó comprender que no estaba en su casa. Necesitó unos segundos más para recordar todo lo acontecido la noche anterior.

Fue como si lo recordara todo en una especie de nube espesa y densa. Desde el momento en el que ella besó a Kyle hasta el instante en el que él le arrancó la ropa y se acostaron.

Se maldijo en voz baja y, a su lado, Kyle protestó entre suaves ronquidos. Le miró y la culpabilidad le punzó por dentro. Había sido ella quién le había besado primero y quien casi le había suplicado que pasaran una noche juntos. Y lo había hecho por puro egoísmo, porque Zoe le había dicho cosas espantosas que le habían herido y ella había buscado consuelo entre los brazos de Kyle.

Se tapó la cara y soltó un nuevo quejido a medida recordando de repente todo lo que ella y Kyle hicieron la noche anterior. Porque después de aquel primer polvo habían venido muchos más. Kyle le había dicho con su voz ronca y sexi que si iban a tener solo una noche la quería aprovechar al máximo, y vaya si la habían aprovechado...

Salió con cuidado de la cama, empezó a recoger las prendas de ropa

desperdigadas por el suelo y se las puso con cuidado. El vestido azul tenía un pequeño descosido en el lateral.

Se marchó de la habitación con cuidado de no hacer ruido y se dirigió a la suya.

Tenía un escozor entre los muslos y agujetas en muchas otras partes de su cuerpo. Necesitaba darse una ducha y dejar de pensar un rato en locura que había cometido.

Estuvo bajo el chorro de la ducha un buen rato y solo salió cuando los dedos de la mano se le convirtieron en pasas. Poco después, llamaron a la puerta. Se vistió rápido con unos vaqueros y un jersey y abrió la puerta, intentando que su rostro no dejara entrever el lío mental que tenía ahora mismo en su cabeza.

—Hola —dijo Kyle, también con el pelo humedecido. Una sonrisa algo tímida se dibujó en esos labios que siempre solían torcerse de forma descarada.

—Hola —repitió sintiendo como su ingenio habitual la abandonada. No se sentía nada ingeniosa en aquel momento.

—Creo que tenemos que hablar.

—¿Sobre... sobre qué?

—Sobre lo que ocurrió ayer.

Leslie tragó saliva y negó con la cabeza.

—Yo creo que no hay nada de lo que hablar. Estábamos un poco achispados por el alcohol y nos dejamos llevar.

—Yo no estaba chispado por el alcohol... Tú tampoco. No culpes al alcohol de lo que sucedió entre nosotros. Nunca me acostaría con una mujer borracha.

Leslie resopló. Cuando Kyle se ponía tan moralista era difícil llevarle la contraria.

—Lo que quiero decir es que me dejé llevar por el momento. Pero dijimos que solo sería una noche, ¿recuerdas? No hay por qué hablar de ello. Hagamos como si no hubiera pasado.

—¿Es qué tu no sentiste lo mismo que yo? —le preguntó él, mirándola a los ojos de forma intensa.

—¿El qué?

—Qué conectábamos...

Leslie notó la inquietud en la boca del estómago. Y una certeza. Aquella certeza que había estado ignorando desde el momento en el que había abierto los ojos aquella mañana.

Leslie también había notado aquella conexión. A lo largo de su vida, Leslie se había acostado con más hombres, y nunca había sentido aquella explosión de sensualidad que sintió con él durante la noche anterior. Pero seguía confundida, y enfadada consigo misma por haber actuado como lo

hizo solo por el comentario de Zoe.

—No sé de lo que me estás hablando, Kyle. Lo de ayer no cambia nada entre nosotros.

Los ojos de Kyle centellaron, pero no dijo nada. Tampoco hacía falta: era evidente que Kyle se sentía profundamente decepcionado.

Leslie se cruzó de brazos y tragó saliva antes de volver a hablar:

—Y ahora coge tu maleta y ve hacia recepción. Tenemos un largo camino de regreso a casa.

Cerró la puerta de la habitación y se apoyó en ella, sintiendo como el corazón le iba con gran rapidez y la cabeza le daba vueltas. Todo se había complicado de la manera más tonta.

Nunca tenía que haber aceptado ir a aquella fiesta de compromiso.

Capítulo 10

Regresaron a Snow Bridge sumidos en un silencio denso. Ninguno de los dos dijo nada, solo el sonido de las canciones que sonaban en la radio se encargaban de llenar el ambiente cargado de palabras no dichas con sus letras.

Leslie dejó a Kyle en su casa, mandó un mensaje a las chicas para verse en la cafetería de Joe en ese mismo instante y condujo apresurada hasta la plaza central.

La decoración otoñal ya era presente en cada pequeño rincón del pueblo. Habían colocado calabazas y guirnaldas de hojas secas en el cenador de la plaza, en la base de los árboles y en las calles, algo que aportaba a Snow Bridge un encanto especial.

Aparcó delante del recinto donde se realizaban las actividades culturales y las reuniones semanales del pueblo y salió saludando a Grace y Bonnie que andaban cuchicheando en una esquina, como siempre.

Nada más entrar en la cafetería, se encontró a Sophie y Amy sentadas en una mesa. Se acercó a ella, notando como los nervios trepaban en su vientre y se quedaban atascados en la garganta.

—¿Qué ha pasado? —Se adelantó Sophie nada más sentarse.

—He hecho... una tontería... —murmuró.

En aquel momento se acercó Joe para servirle un poco de café y le pidió un trozo de tarta para asentar el estómago. Habían salido del hotel sin desayunar y tenía un dinosaurio rugiendo en su interior.

Entre sorbos de café, Leslie les explicó lo ocurrido la noche anterior. La frase demoledora de Zoe y su necesidad de aliviar el daño pidiéndole a Kyle una noche juntos. Se calló los detalles más morbosos, pues no creía que estos fueran importantes para el fondo de la cuestión.

—No me puedo creer que te hayas acostado con él —susurró Sophie con sus ojos azules abiertos como naranjas.

—Pues a mí no me sorprende nada, la verdad —dijo Amy. De nuevo, aquel mediodía, Amy estaba preciosa.

—¿Qué quieres decir?

—Cielo, te conozco, eres tozuda y orgullosa, pero cuando quieres, quieres de verdad. Y a Kyle le quisiste de verdad por mucho que lo vuestro se estropeará antes de empezar. Es normal que ayer en un momento de debilidad decidieras dar rienda suelta a esos sentimientos.

—No, nada de eso, lo ocurrido entre Kyle y yo no ha significado nada para mí.

—Ya —dijo Amy perspicaz.

—Hablo en serio —Se tocó el colgante con la estrella fugaz y lo apretó con fuerza. No quería tener nada con Kyle, estaba segura de eso. Ya le había

hecho daño una vez y no permitiría que se lo hiciera una segunda—. Fue una respuesta desesperada a un momento desesperado. No hay nada más.

En el rostro de Sophie y Amy se podía leer la poca credibilidad de sus palabras. Leslie decidió cambiar de tema, se sentía incómoda hablando de Kyle. Volvió a fijar sus ojos en Amy, que aquella mañana se había peinado con un recogido que enmarcaba su rostro y se había vestido con un vestido rojo que le quedaba francamente bien.

—Y tú, ¿qué? ¿Hay algo que quieras explicarnos?

Amy se sonrojó ligeramente antes de responder.

—Yo, no, ¿por qué?

—Porque llevas días que estás... extrañamente guapa.

—¿Qué significa eso de *extrañamente*? ¿Normalmente no lo estoy?

—No, claro que no, ya sabes lo que quiero decir, Amy. Estás... resplandeciente.

Amy se mordió el labio y sus mejillas se sonrojaron un poco más.

—Bueno... Es posible que eso tenga explicación. Yo... He conocido a una persona.

—¿Cómo?! —preguntaron Sophie y Leslie a la vez.

—Hace unas semanas me instalé una aplicación de citas en el móvil y empecé a hablar con algunos chicos, y entre todos ellos apareció... él.

—¿Qué calladito te lo tenías! —exclamó Sophie golpeándole el brazo

entre risas.

—¿Y quién es él? —preguntó Leslie con un alzamiento de cejas lleno de picardía.

—Se llama Ted, vive en Clouds Village y trabaja en la barbería del pueblo. Tiene nuestra edad y es muy mono. —Sacó el móvil del bolso, toqueteó algo en la pantalla y les mostró la foto de un chico de barba arreglada y ojos amables que sonreía a la cámara.

—Vaya, vaya, no está nada mal, picarona —dijo Sophie entre risas.

—Es muy mono —confirmó Leslie, devolviéndole el móvil con una sonrisa—. Además, Clouds Village está muy cerca, podríais quedar de vez en cuando sin que fuera un engorro la distancia.

—Sí, la verdad es que hemos quedado en vernos el próximo fin de semana. —Amy se encogió de hombros. El rubor aún estaba presente en sus mejillas—. Estoy un poco nerviosa porque, bueno, ya sabéis... No soy el tipo de prototipo de mujer perfecta como sí lo sois vosotras.

Sophie y Leslie se miraron y compartieron una sonrisa.

—Cariño, nosotras no somos perfectas. La perfección no existe, y tú eres preciosa.

—No te hagas de menos, Amy. Porque si hay alguien de las tres que es igual de bonita por fuera y por dentro esa eres tú —añadió Leslie.

—Te mereces vivir una historia de amor como la de esas novelas

romanticonas que tanto te gusta leer. —Sophie le acarició el brazo y Amy se emocionó al escuchar las palabras de sus dos mejores amigas.

—Ojalá salga bien.

Leslie quiso añadir que se alegraba de que hubiera decidido olvidar a Evan, el hermano mayor de Sophie, del que llevaba colgada desde hacía algún tiempo. Aunque Amy lo negara siempre que ella se lo había preguntado, resultaba demasiado evidente. Y si había alguien que era incapaz de comprometerse, ese era Evan Winter, el mujeriego oficial del pueblo.

Después de charlar un rato más, Leslie regresó a su casa. Deshizo la maleta, como siempre, pues le gustaba tenerlo todo bien organizado cuando llegaba de algún viaje, se preparó un té y se sentó en el balancín del porche.

En aquel momento recordó aquel instante tan lejano en el tiempo en el que, sentada en el porche de casa de sus padres, solo deseó una única cosa: enamorarse, encontrar el amor verdadero.

Seis años más tarde, aún no había conseguido encontrar a esa persona.

Siete años atrás, la estrella fugaz dejó su deseo perdido en medio del firmamento.

Capítulo 11

Durante los siguientes días, Leslie esquivó a Kyle por todos los medios posibles. Era incapaz de borrar de su mente el recuerdo de la noche que pasaron juntos. Aunque intentaba mantenerse entretenida durante el día, eran muchos los momentos en los que daba rienda suelta a los recuerdos de Kyle desnudo sobre ella, besándola con pasión. Pero si había un momento en el que estos recuerdos se descontrolaban y era incapaz de hacer nada por mantenerlos a raya, era durante la noche. Muchas veces se despertaba sudorosa y excitada, reviviendo en sueños lo ocurrido en aquella habitación de hotel.

Así que, durante aquella primera semana de octubre, Leslie no fue a *Snowflakes* ni una sola vez. Incluso evitó pasar por la plaza central, pues sabía que las posibilidades de encontrárselo eran mayores. Incluso dejó de ir a la reunión semanal del pueblo, porque sabía que Kyle también iba y no quería verlo.

Por si eso ya era bastante fastidio, también había otro tema que le reconcomía por dentro, y tenía que ver con lo ocurrido hacía unos días con su madre. No sabía cómo podía afrontar ese tema, porque Leslie seguía pensando exactamente igual. Era incapaz de entender que una mujer bonita y encantadora como su madre se hubiera enamorado y casado con alguien

como Ben, un hombre que parecía vestirse con los ojos cerrados porque no había día que su atuendo no fuera un atentado al buen gusto.

Aquella noche, viernes, Amy y Sophie le dijeron que habían quedado para tomar algo en *Snowflakes*. Leslie se negó a ir. Incluso les propuso cambiar el sitio de quedada a su casa, pero sus amigas estaban hartas de su actitud que tildaban de infantil. Le insistían en que debía enfrentarse a lo ocurrido como una persona adulta y no ir escondiéndose por el pueblo solo para huir de Kyle.

Como buena persona tozuda que era Leslie, prefirió quedarse en casa antes que ir al bar de Kyle y verle.

Así que aquel viernes por la noche, Leslie decidió salir de casa para comprar la cena en el supermercado de Grace. Cogió un cesto y empezó a llenarlo de todo tipo de comida basura. Pensaba darse un festín sin precedentes.

Estaba intentando decidirse entre palomitas de mantequilla o palomitas normales cuando sintió una presencia a su espalda. Se sorprendió al encontrarse a Ben, mirándola con sus ojillos de besugo entristecidos y la barba descuidada.

—Eh... Hola —le saludó, algo azorada por aquel encontronazo imprevisto.

—Oye, Leslie, había pensado que... ¿podríamos hablar?

—¿Ahora? La verdad es que estoy un poco liada y... —Aquellos malditos ojillos de besugo la miraron con tal tristeza que suspiró—. De acuerdo, pago esto y nos tomamos algo en la cafetería de Joe. ¿Te parece?

Ben afirmó con la cabeza y también pagó lo que llevaba en su cesta. Ambos cogieron las bolsas de cartón con la compra y se dirigieron hasta la cafetería de Joe. Se sentaron en una mesa alejada de la ventana y pidieron unos cafés.

—Oye, Leslie, sé que crees odiarme...

—No te odio —negó ella con efusividad—. Supongo que mi madre te habrá dicho que no me gustas. Y es cierto, lo siento si mi sinceridad te hiere, pero no se me da bien mentir. No me gustas, ben. Pero no te odio.

—Sé que no soy un tipo que guste de primeras. Lo sé, soy bajito y un poco torpe, tengo un gusto por la ropa algo cuestionable, y cuando me pongo nervioso, empiezo a sudar —dijo, mostrándole las palmas de las manos humedecidas—. Pero soy un buen hombre.

—No dudo que lo seas, Ben, pero para serte sincera, creo que mi madre se merece mucho más.

—Yo también lo creo —dijo él con la cabeza gacha—. Aunque no te lo creas, yo también estoy sorprendido de que, entre todos los hombres que había en aquel barco, tu madre me eligiera a mí. Pero no voy a pedir perdón por ello. Ni pienso renunciar a ella. —Ben rodeó la taza entre sus manos y

suspiró—. Amo a tu madre, Leslie. Y me gustaría que nos dieras tu bendición.

Durante los siguientes segundos, Leslie y Ben se quedaron en silencio, con las miradas perdidas en el interior de sus tazas de café.

—Lo entiendo, pero no puedo hacer eso —dijo al final Leslie.

—Pero...

—No, Ben, no lo entiendes. Tú no conociste a mi padre. Era el hombre más maravilloso del mundo. No hay nadie en este mundo que le pueda hacer sombra, nadie.

—Yo no pretendo hacerle sombra. Nunca podría. Tu madre sigue amando a tu padre por encima de todas las cosas. Solo queremos estar uno al lado del otro mientras envejecemos.

Leslie miró el rostro de aquel hombrecillo que parecía suplicarle que le diera su beneplácito. Pero ella no podía hacerlo. No podía dárselo.

—Lo siento, Ben.

Leslie se levantó de la silla, dejó un billete encima de la mesa y se marchó de la cafetería sin ni mirar atrás.

Tenía la sensación que en las últimas semanas su vida había dado un giro de 180° y que todo se había vuelto extraño y confuso. Lo de su madre, lo suyo con Kyle...

Dio un largo suspiro y regresó a su casa. Puso las palomitas en el

microondas, colocó las galletas que había comprado en un plato y preparó un poco de té. Poco después, se sentó en el sofá y encendió la tele.

Mientras comía todo aquello y bebía té, tuvo una idea. Una idea un poco loca.

Cogió el móvil, ignoró los mensajes de sus amigas que le pedían que dejara de comportarse como una niña y fuera con ellas a *Snowflakes* y se bajó una aplicación. La misma aplicación de citas que Amy había usado para conocer a ese Ted con el que tenía una cita al día siguiente.

Se creó una cuenta, empezó a ver fotos de varios hombres y empezó a conversar con los más interesantes.

Quizás era el momento de empezar a pasar hoja...

Capítulo 12

El domingo, Leslie quedó de nuevo con Amy y Sophie en la cafetería de Joe para almorzar. Amy había quedado con Ted el día anterior y se había negado a darles detalles por mensaje, así tanto Sophie como Leslie salieron de sus respectivas casas escopeteadas para escuchar las novedades de su amiga.

—¿Dónde has dejado a la pequeña? —preguntó Leslie tras sentarse frente a Sophie.

—Con Gilbert. Nada más leer el mensaje de Amy le he dado a la niña, le he dicho que almorzaba fuera y he salido corriendo.

Leslie se rio. En aquel momento se acercó Joe para hablar con Sophie. Ambos estuvieron hablando un buen rato sobre Annie y Jacob, y quedaron para encontrarse aquella misma noche en casa de su madre, para la cena.

Amy no tardó en aparecer, y lo hizo radiante, con su pelo de color caramelo ondeando en el aire y sus ojos verdosos más alegres y vivos que nunca.

Pidieron unas hamburguesas, café y dejaron que Amy les explicara cómo había ido su cita con Ted.

—Bueno, pues quedamos ayer por la noche en Clouds Village. No quería traerlo aquí, porque ya sabéis que los rumores corren como la pólvora en el pueblo, así que nos vimos en el suyo. Me llevó a comer a un restaurante

francés súper bonito, con luz tenue y una decoración cuidada, y me dejó pedir a mí —explicó, con una sonrisa que le iluminaba la mirada—. Hablamos sobre nuestros trabajos, nuestras familias, nuestras aficiones, ya sabéis, lo normal. Cuando terminamos de cenar me llevó a pasear por su pueblo y me enseñó los lugares más típicos. Seguimos charlando y fue... muy agradable. Hacía tiempo que no me sentía tan cómoda con un hombre.

—¿Y...? —preguntó Sophie alzando una ceja.

—Y me acompañó hasta el coche y nos despedimos con un abrazo.

—¿Y ya está? —preguntó Leslie decepcionada.

—Sí, es la primera cita, ¿qué esperabais?

Leslie y Sophie compartieron una mirada.

—Entonces ¿no hubo beso de despedida? —preguntó Sophie.

—¿Ni hizo el amago? —preguntó Leslie.

—Pues... No, es decir, no sé. En las novelas románticas el chico no besa a la chica hasta la tercera cita.

—La vida no es una novela romántica —le recordó Leslie.

Amy le miró enfurruñada, como si aquella afirmación le hubiera herido.

—Ya lo sé, pero no todas las relaciones empiezan con un fogonazo, hay algunas que lo hacen con una pequeña chispa que, poco a poco, se va avivando.

—Tienes razón, Amy —la reconfortó Sophie—. Cada relación es un

mundo.

Leslie dio un sorbo a su café antes de preguntar a su amiga:

—¿Habéis vuelto a hablar desde ayer?

—Pues no, le mandé un mensaje al llegar a casa, pero aún no me ha respondido. Ayer me dijo que hoy tenía un día muy complicado y que quizás no podría decirme nada hasta la noche.

—Ya...

Leslie tuvo un palpito, pero no quiso que fuera verdad. Quería que su intuición se equivocara, porque realmente deseaba lo mejor para su amiga. Amy era una enamorada del amor y soñaba con encontrar al hombre perfecto con el que vivir una historia de cuento de hadas.

Para borrar la mala vibración que les envolvía en aquel momento, Leslie decidió hablarles de la incursión que había hecho con la aplicación para ligar.

—Por ahora estoy hablando con un par de chicos, y uno de ellos ya me ha pedido quedar mañana —acabó de explicar Leslie con una risita.

—¿Mañana? ¿Tan pronto? —preguntó Amy con preocupación.

—Sí, aunque tranquila, no es nada serio. Solo hemos quedado para tomar unas copas.

—¿Dónde? —le preguntó Sophie que también parecía preocupada en exceso por aquel impulso tan repentino.

—En *Snowflakes*. Me dijisteis que tenía que actuar como una persona

adulta, ¿no? Pues eso es lo que voy a hacer. Si voy con otro hombre demostraré que lo mío con Kyle está completamente zanjado.

Había estado pensando en ello detenidamente. Estaba convencida que lo único que necesitaba para que la tensión entre ella y Kyle desapareciera era demostrar que había pasado página y que estaba dispuesta a conocer a otros hombres.

—Leslie... —Amy puso los ojos en blanco—. ¿Crees que esa es la mejor manera de hacerlo?

—Claro, ¿se te ocurre alguna idea mejor?

Sophie y Amy se quedaron en silencio, incapaces de darle una respuesta, ambas sospechaban que aquello acabaría en desastre.

No se equivocaron.

Capítulo 13

Leslie se miró en el espejo una última vez. Estaba guapa y lo sabía. Se había puesto un vestido negro que acentuaba todas sus curvas con unas botas con tacón y el pelo suelto. Se preguntó que pensaría Kyle cuando la viera entrar en el bar cogida del brazo de otro hombre. Una extraña sensación de regocijo se expandió por su pecho. Intentó espantarla, pero era demasiado agradable pensar en Kyle mirándola con deseo mientras ella le demostraba que lo ocurrido aquella noche en el hotel no había significado nada.

Había quedado con Norman, el chico en cuestión, delante de la puerta del bar a las siete en punto. Era de otro pueblo, por lo que no había peligro de tener que cruzarse con él a menudo o ser la comidilla de Snow Bridge, razón por la que no solía aceptar invitaciones que vinieran de hombres que vivieran en el pueblo. Kyle desde el principio había sido su única excepción...

Leslie se hizo esperar y apareció unos minutos más tarde. Tal como había supuesto, nada más verla, el chico le hizo un repaso visual de lo más exhaustivo mientras una expresión lobuna se expandía por su rostro.

Norman y ella apenas habían hablado y la conversación entre ellos había sido bastante mecánica. Estaba claro que el chico no buscaba nada formal, pero era mono y en aquel momento era lo único que buscaba. Un chico guapo con el que ir al bar de Kyle.

Se acercó a él, le saludó coqueta y le cogió del brazo para traspasar el umbral de la puerta juntos. Cuando entraron, Kyle estaba de espaldas a la barra, secando unos vasos con la ayuda de Tristan, su ayudante.

Leslie arrastró a Norman hasta una de las mesas del fondo e hizo ver que atendía su conversación sin mucho entusiasmo. Si Norman era mal conversador por mensajería, en persona era un coñazo. No dejaba de hablar de coches y de fútbol americano, como si eso a ella le importara lo más mínimo. Así que decidió desconectar de la conversación mientras clavaba su mirada en Kyle deseando que se girara y los viera.

Leslie no supo si fue por esa sensación que sentimos al estar siendo observados, o si fue por casualidad, pero en aquel momento Kyle se giró y clavó su mirada en la suya. Primero la miró a ella, luego al chico atractivo que hablaba sin cesar sentado a su lado, y después otra vez a ella. Su ceño se frunció, como si estuviera preguntándole: *¿Qué estás haciendo aquí con este tío?*, a lo que ella sonrió enviándole un mensaje telepático que pretendía decir: *No tengo que darte explicaciones.*

Kyle volteó la barra y se acercó a ellos fingiendo una sonrisa. Leslie había supuesto que mandaría a Tristan a tomarles nota, por lo que se puso un poco nerviosa cuando se plantó delante de ellos.

—Vaya, Leslie, cuánto tiempo, pensaba que ya no te vería más por aquí.

—He estado muy liada estos días, pero ya ves, siempre hay una buena

excusa y una buena compañía para venir. —Colocó su mano sobre la de Norman que sonreía ajeno de lo que estaba ocurriendo ahí.

—Me alegro, ¿y qué os pongo?

—Para mí una cerveza —dijo Norman.

—Para mí otra —dijo ella.

—Marchando dos cervezas para la pareja de la semana —canturreó Kyle con un tono de voz más alto de lo que era habitual en él.

Leslie sonrió satisfecha cuando lo vio mirarlos de reojo mientras servía las cervezas dentro de las jarras. Aprovechó aquella ocasión para reír tontamente, algo que Norman interpretó como que la cita iba viento en popa.

En un momento dado, después de hora y media de conversación fútil y dos cervezas encima, Leslie se levantó para ir al baño.

Al salir del baño, una mano la cogió del brazo y la empujó contra la pared del fondo de aquel pasillo que estaba escondido a la vista.

—¿Se puede saber qué pretendes trayendo a un hombre aquí? —preguntó Kyle, acercando su rostro al suyo.

Su aliento le rozó la cara.

—¡Suéltame! —exclamó esta.

—Llevas una semana sin venir, y cuando lo haces te presentas con un tío que te mira como si quisiera comerte.

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones sobre los chicos con los

que salgo?

La respiración de Kyle se aceleró. Sus ojos azules se oscurecieron como un cielo antes de la tormenta.

—Desde que llevo toda una semana soñando con volver a hacer esto — dijo Kyle antes de estampar sus labios contra los suyos.

Leslie quiso empujarle, quiso evitar su beso, pero cuando sus labios reconocieron los de Kyle, su cuerpo dejó de pertenecerle. Kyle le besó y Leslie le devolvió el beso. Sus cuerpos se buscaron en la oscuridad. Se amoldaron el uno al otro. Leslie gimió cuando él empezó a mover su boca como si estuviera haciéndolo en otra parte de su cuerpo. Cuando sintió que Leslie palpataba de necesidad, Kyle se apartó.

Leslie tenía los labios enrojecidos y la mirada turbia por el deseo.

—Recuerda este beso cuando el idiota que tienes como acompañante te de el suyo —susurró en su oído.

Después de eso, se separó de ella, se limpió los labios con el dorso de la mano y salió al bar.

Leslie necesitó unos segundos para serenarse. Le temblaban las piernas y el corazón le latía con gran rapidez.

Volvió a entrar en el baño y miró su reflejo en el espejo. Tenía los labios hinchados y enrojecidos. Se maldijo en voz baja por haber correspondido a su beso, intentando negar lo mucho que este le había gustado.

Se limpió un poco la cara y salió deseando que la luz tenue de las lámparas de techo de estilo retro del bar disimulara la hinchazón de los labios. Norman no pareció fijarse en eso, o al menos no se dio cuenta cuando se sentó a su lado y le preguntó si podían ir a casa de Leslie a tomarse la última.

Sabía que aquella invitación era una forma sutil de decirle que quería estar a solas con ella. Y aunque eso no había entrado en sus planes iniciales, la forma en la que Kyle le había soltado con arrogancia aquel: *Recuerda este beso cuando el idiota que tienes como acompañante te dé el suyo*, le hacía desear querer hacerlo.

Llegaron a su casa, Leslie sacó unas cervezas y le tendió una a Norman, que se había quedado de pie observando la decoración de su adusto salón. Había puesto música de ambiente, y solo había encendido la lámpara auxiliar de al lado del sofá. Ella se le acercó y empezaron a hablar sobre tonterías, hasta que sus miradas se quedaron enredadas y él se inclinó para besarla.

Intentó disfrutar de aquel beso con todas sus fuerzas. Cerró los ojos y sus labios encajaron sin problemas, pero no sintió nada. Solo vacío. Se esforzó más. Abrió la boca y dejó que sus lenguas se rozaran. Solo sintió asco. Repulsa.

Volvió a escuchar la voz de Kyle: *Recuerda este beso cuando el idiota que tienes como acompañante te dé el suyo*.

En aquel momento lo odió más que nunca.

Leslie se separó de Norman poniendo sus manos sobre su pecho. Los ojos de Norman estaban anegados de pasión y vio un bulto marcarse en su entrepierna.

Se disculpó y le pidió que se marchara. Norman se enfadó, algo que no hizo más que confirmar lo que ya suponía: que era un capullo. La llamó calentabraguetas, se puso el abrigo y se marchó de su casa dando un portazo.

Leslie suspiró profundamente, se pasó una mano por el pelo y se terminó la cerveza que tenía entre las manos antes de coger su abrigo, el bolso y seguir un impulso que le pedía salir corriendo hacia *Snowflakes*.

Capítulo 14

Kyle acabó de barrer el local, se sirvió una cerveza y se sentó en una de los taburetes acolchados. Acababa de cerrar el bar, de enviar a Tristan a casa y se tomaba un descanso antes de marcharse él a la suya.

Dio un trago a la fría cerveza recordando de nuevo el beso que Leslie y él se habían dado en la zona de los baños. Era imposible no acordarse de cómo había apresado su boca hasta hacerla suya, y como ella había respondido a ese beso con pasión.

Leslie se había presentado aquella tarde en el bar con un desconocido solo para sacarle de quicio. Así era ella: cuando algo la superaba, actuaba atacando. No sabía mantenerse a la defensiva. Él había sabido leer la situación enseguida. Porque ese tipo parecía el típico idiota con la conversación de un zapato, y se veía a la legua que lo único que quería era llevársela a la cama.

Quizás había actuado de forma impulsiva al abordarla, pero la simple idea de que coqueteara con otro hombre le había puesto enfermo. Desde lo ocurrido en el hotel, Kyle no podía dejar de pensar en ella: en su cuerpo firme pero esponjoso bajo el suyo, en sus jadeos y gemidos acariciándole el oído, en sus labios rosados dispuestos a recibir todos sus besos.

Dio un nuevo trago a la cerveza y suspiró. De nuevo estaba volviendo a

perder el norte con aquella chica. Una chica tan terca y orgullosa que nunca le perdonaría lo que ocurrió entre ellos años atrás.

En aquel momento, alguien abrió la puerta. Miró hacia esa dirección dispuesto a decirle a dicha persona que estaba cerrado, pero las palabras se le atascaron en la garganta cuando vio que esa persona era Leslie.

—¿Qué haces aquí? —preguntó a media voz.

—Te odio —respondió ella acercándose a él, con paso lento pero seguro.

—No más de lo que te odio yo a ti —dijo él enfrentando su mirada desde su taburete.

—¿Por qué has hecho eso antes? —preguntó ella con los ojos encendidos.

—¿El qué?

—Besarme.

Kyle se quedó unos segundos en silencio, buscando las palabras adecuadas.

—Porque no podía no hacerlo.

Leslie sintió un cosquilleo en el estómago cuando Kyle se levantó del taburete y se acercó a ella. Quedaron uno frente al otro, con los cuerpos muy juntos y las respiraciones descompasadas.

Leslie abrió la boca dispuesta a decir algo más, pero en aquel momento, Kyle se adelantó y la besó de nuevo de forma apasionada. Sus labios

quedaron pegados y sus lenguas se enredaron mientras sus manos buscaban la piel debajo de la ropa.

Cegados por la pasión, empezaron a desnudarse sin pudor, en medio de aquel bar vacío, y como si buscaran un alivio a su necesidad, Kyle la cogió en volandas, se puso un condón que llevaba siempre en reserva en el bolsillo del pantalón, y la penetró, apoyando su espalda contra la barra del bar.

Hicieron el amor entre besos, lametones, gemidos y mordiscos.

Fue un acto pasional, en el que ambos se dejaron llevar sin control. Sus cuerpos parecían haberse reconocido, y entre los dos había una conexión brutal.

Leslie gimió una vez más antes de llegar al orgasmo.

Kyle tardó unos segundos más en correrse.

Sudorosos, con la respiración entrecortada, se separaron el uno del otro.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Leslie, aún jadeante.

—A mí se me ocurre algo —dijo Kyle con los ojos hambrientos.

—¿Qué?

—Repetir.

Capítulo 15

Leslie se despertó con el olor a tortitas y café recién hecho flotando en el aire. Abrió los ojos y, poco a poco, fue recordando lo sucedido la noche anterior. Después de entrar en *Snowflakes* y hacerlo contra la barra del bar, Kyle le había convencido para ir a su casa, donde siguieron dando rienda suelta a la pasión.

Se sonrojó al recordar todo lo que hicieron en aquella casa. Esta vez no tenía ningún pretexto que excusara lo ocurrido entre ambos.

Se levantó de la cama, se puso la camiseta que llevaba Kyle la noche anterior y se dirigió descalza hasta la cocina, donde Kyle estaba cocinado en ropa interior. Al escucharla, se giró y le guiñó un ojo, canalla.

—Huele muy bien —dijo Leslie con una sonrisa, sentándose en uno de los taburetes altos de la barra americana—. Y estoy hambrienta.

Kyle se giró y ladeó su sonrisa.

—¿Eso es algún tipo de indirecta? —preguntó divertido, sosteniendo la espátula en alto.

—No, perverso —dijo entre risas.

—¿Seguro? —Se inclinó por encima de la barra americana y le besó en los labios. Leslie se encendió cuando su lengua exploró su boca de nuevo.

—Para —le pidió contra los labios.

—¿Por qué?

—Tengo que ir a trabajar —Se rio contra su boca y él se separó, sacando la tortita de la sartén para colocarla sobre un montoncito que tenía a su derecha.

Colocó el plato con toritas sobre la barra americana junto a un tarro de sirope de arce, chocolate y mermelada y sirvió dos tazas de café.

Desayunaron en silencio, aunque no fue un silencio incómodo, sino cómplice.

Al cabo de un rato, Kyle la miró interrogativo lamiendo la cuchara con los restos del chocolate que acababa de servir en una de sus tortitas.

—Vale, ¿cómo lo vamos a hacer?

—¿El qué? —preguntó Leslie levantando la vista de su plato.

—Esto. —Se señaló primero a él y después a ella—. Para que no salgas corriendo otra vez y me pidas que lo olvidemos.

Leslie reprimió una sonrisa. En realidad, tenía sentimientos encontrados. Por un lado, no quería admitir que Kyle le atraía como la luz a una polilla, pero, por el otro, cuando estaban juntos, nada importaba. Solo estaban ellos dos y el mundo parecía un lugar más bonito.

Leslie había tenido algunas relaciones antes, pero ninguna de ellas importantes. Nunca se llegó a enamorar de verdad de los chicos con los que había estado, y ellos tampoco de ella. Leslie era un hueso duro de roer y lo

sabía. No a todos los hombres les gustaba su manera de ser, su decisión y su testarudez. Y a ella le costaba implicarse emocionalmente con otra persona.

Cuando años atrás Kyle y ella conectaron por primera vez, creyó haberlo encontrado. A ese hombre con el que poder hablar, conversar sobre cualquier cosa, que la comprendía pese a su forma de ser, y que no pretendía cambiarla. Pero después se sintió traicionada y no quiso volver a saber nada de él, incluso cuando Gilbert le convenció de que lo suyo con esa tal Georgia había terminado.

Ahora, no sabía muy bien en que punto se encontraban. Durante aquellos años había escondido lo que sentía por él en el fondo de algún cajón oscuro de su alma, pero tenía la sensación de que este, de repente, se había iluminado de luz y los había sacado a flote. Pero seguía confundida, seguía sin entenderse a sí misma.

—Esto es complicado, Kyle. Lo que ocurrió entre nosotros hace unos años...

—Lo que ocurrió entre nosotros hace unos años fue un malentendido. ¿Cuándo dejarás de ser tan terca y me dejarás explicártelo?

—¿Y si ya es tarde?

—No hace falta que volvamos a ese momento que ya forma parte del pasado. Pero podemos construir algo nuevo. Yo... sé que aún es pronto, que llevas odiándome estos últimos años. Pero déjame cerrar esa vieja herida para

encerrar el pasado y darle una oportunidad al presente.

—Kyle...

—Por favor.

Kyle la miró a los ojos y Leslie notó su desesperación. Parecía sincero, y por primera vez en todo aquel tiempo, algo dentro de ella le pidió que lo hiciera. Que le escuchara.

—Está bien, pero no ahora, tengo que irme a trabajar —dijo ella mirando el reloj de pared de la cocina.

—¿Y esta noche?

—¿Por qué no lo dejamos para el viernes? Hoy ya llegaré tarde al trabajo y mañana tengo una reunión a primera hora. Tu saldrás tarde del bar y si nos vemos la cosa se alargará hasta tarde...

Kyle hizo un mohín. No quería esperar. Si había algo que había aprendido de su error del pasado era en no haberle hablado de Georgia antes. Pero, aun así, claudicó.

—Está bien. El viernes podré salir antes del bar. Tendré a Tristan y a Olivia como refuerzo, podré marcharme cuando la cosa empiece a decaer y pedirles que cierren ellos.

—Genial.

Leslie le sonrió con sinceridad, se terminó las tortitas y el café y, tras darle un último beso apasionado, se encerró en el baño para darse una ducha

y dirigirse hacia la posada.

Capítulo 16

—¡Te he llamado! —exclamó Amy nada más ver a Leslie entrar por la puerta del hostel—. ¿Dónde estabas?

Leslie había tenido que pasar por casa para cambiarse antes de ir a la posada, y era cierto que se le había hecho tarde, pero no comprendía a que venía esa premura. Además, se había quedado sin batería en el móvil durante la noche y aún no había tenido tiempo de ponerlo a cargar.

—¿Ocurre algo?

—No —le dijo ella retorciendo sus manos con nerviosismo—. Más bien ocurre alguien.

Amy se colgó de su brazo y la arrastró hasta la sala común del hostel donde esperaba sentada en uno de los sillones tapizados en verde pistacho una afligida Zoe.

—Pero, ¿qué...? —preguntó a Amy en un susurro.

—Se ha presentado aquí esta mañana y ha preguntado por ti. Le he dicho que no tardarías en llegar, pero de eso hace dos horas.

—¡Joder!

—¿Tú sabías algo de esto?

—¿Yo? ¡Por supuesto que no! La última vez que nos vimos acabamos fatal, ¿o no lo recuerdas?

—¿Y a qué habrá venido?

—Pues no lo sé, la verdad. Voy averiguarlo.

Se sacó el abrigo y el bolso, se lo dio a Amy que le dijo que se lo dejaría todo en el despacho y se acercó a Zoe.

No quedaba nada de esa mujer feliz y radiante que había visto en su fiesta de compromiso. Llevaba el pelo peinado en una coleta alta, se había puesto un chándal de terciopelo fucsia y unas bambas de color verde lima. Además, lloraba desconsolada, mocándose con un kleenex.

Leslie se sentó a su lado, apoyó una mano sobre su brazo y dijo su nombre en un susurro, llamando su atención. Zoe se mocó una última vez, la miró y, al reconocerla, la rodeó con sus brazos para seguir llorando.

—Eh, eh... —dijo Leslie algo incómoda—. Tranquila, mujer.

—Es un... un... desas... desastre, un... desastre —dijo Zoe entre hipidos.

—Pero ¿qué ha pasado?

—¡No puedo casarme!

Leslie agrandó los ojos sorprendida ante aquella afirmación tan categórica.

—¿Por qué? ¿No conjuntan las flores con la decoración de la mesa? —preguntó irónica.

Sabía que estaba mal aprovecharse ese momento de debilidad para

meterse con Zoe y su perfeccionismo patológico, pero le fue imposible no hacerlo.

Al escuchar su comentario, Zoe lloró con más intensidad.

—Era broma, era broma, no llores.

—Lo vi, Leslie... —dijo separándose de su pecho para mocarse sonoramente de una forma que, en otras circunstancias, a Leslie le hubiera parecido cómica.

—¿A quién, cielo? ¿A quién viste?

—A Eric, lo vi acostándose con otra mujer —vociferó antes de volver a estallar en llantos.

Zoe volvió a acurrucarse en su pecho y Leslie se quedó sorprendida ante aquella confesión. Le dijo que esperara un segundo, se levantó del asiento y, con cara de alucinada, se dirigió a la cocina, donde Amy estaba anotando en una libretita el menú que quería preparar aquella noche.

—¿Dónde guardas las tilas? —preguntó Leslie empezando a abrir y cerrar la puerta de los armarios de forma aleatoria

—¿La tila? ¿Pero qué ha pasado? —dijo Amy sacando un tarro lleno de infusiones del lugar indicado.

Le tendió el sobrecito de tila a Leslie mientras ponía la tetera al fuego.

—Ha pillado su prometido dándole lo suyo a otra.

—¡No! —exclamó Amy tapándose la boca con sorpresa.

—¡Sí!

—Pobrecita.

—Sí, ¿verdad? Supongo que es demasiado cruel decir: el karma siempre te devuelve lo que das —dijo esta, recordando la última frase que Zoe le había dicho en aquel baño.

—Pero es muy fuerte, ¿no? A solo unos meses de la boda.

Leslie se encogió de hombros y esperó a que la tetera hirviera para poder servir la infusión en un vaso y llevársela a Zoe.

Zoe se tomó la infusión a pequeños sorbos. Poco a poco, las lágrimas dieron paso a la tristeza. Con un tono de voz fúnebre, pasó a relatarle lo sucedido con su prometido.

—Ayer me marché a trabajar como todos los días, ¿sabes? Y se suponía que no tenía que regresar hasta la noche, pero empecé a encontrarme mal. Creo que fue por el exceso de caviar con ostras que comimos la noche anterior. El caso es que no me encontraba muy bien y decidí regresar a nuestro apartamento. No te creas que es un apartamento cualquiera, está en una de las zonas más caras de Nueva York y tiene 250 metros repartidos en cinco habitaciones. Total, que llegué a casa y me dirigí hacia nuestra habitación, pero entonces empecé a escuchar un sonido... Era como si estuvieran estrujando un chihuahua. Y pensé, uy, ya está, el perro de la vecina ha vuelto a saltar la terraza y entrar en casa. Así que empujé la puerta

que estaba entreabierta creyendo que me encontraría al chihuahua comiéndose alguno de mis Jimmy Choo, como ya había ocurrido antes, y entonces lo vi. A Eric tumbado en el colchón y una mujer con las tetas más grandes que he visto en mi vida cabalgando sobre él.

Leslie hizo una mueca de asco ante aquella descripción tan gráfica. Zoe había estado explicándole la historia sin dejar de mover las manos con su soltura habitual pese la tristeza.

—¿Y qué dijo él? —preguntó Leslie cuando comprendió que había terminado la explicación.

—Nada, porque no me vio. —Se mocó una vez más haciendo un sonido estridente—. Me marché, y como no sabía a donde ir ni a quién recurrir, he pensado que podría quedarme en la posada mientras reflexiono sobre lo que debo hacer ahora. Aunque antes he parado en una tienda y me he comprado este chándal y estas zapatillas para estar en sintonía con el sitio —dijo señalándose.

En ese momento a Leslie le hubiera gustado soltar su frase sobre el karma, pero decidió morderse la lengua y contar hasta diez antes de volver a hablar.

—Pero ¿qué es lo que tienes que pensar? —preguntó—. Te ha sido infiel, deberías dejarle.

—¿Tú crees? —Preguntó con los ojos aguados muy abiertos

—¿Es qué tú no?

—Bueno, es que él es muy rico, y aun no estamos casados...

—Pues aún peor, aun no estáis casados y ya te está engañando, ¿es que eso no te dice nada?

—No sé, Leslie —dijo con pesar—. Es muy rico y podría vivir con muchas comodidades a su lado.

Leslie empezó a exasperarse. No comprendía como podía estar dudando de verdad en perdonarle solo por el dinero, ¿en qué le convertía aquello?

—Oye, Zoe, no le necesitas. Tu negocio va muy bien, tienes dinero suficiente para vivir cómodamente tú sola.

—Bueno... en realidad no es tan así... —Zoe volvió a morderse sonoramente mirándola con la preocupación brillando en ellos—. En realidad, me arruiné hace unos meses, pero entonces conocí a Eric y él invirtió el dinero suficiente para reflotar el negocio.

En aquel momento, Leslie se dio cuenta de que muchas veces las personas tienen una cara completamente desconocida de la que muestran. Todo el éxito de Zoe no era más que una apariencia. Suspiro, y miró a Zoe como si fuera una niña pequeña asustada y perdida en medio de un bosque frondoso.

—Zoe, sea como sea, no puedes casarte con él. Eres una mujer con talento. Podrás empezar de cero sola, sin él. Si te casas, es probable que te

arrepientas toda la vida. ¿Qué es una vida sin amor?

Y con aquella pregunta aparentemente retórica, Leslie acompañó a Zoe a una de las habitaciones vacías.

Capítulo 17

—¡Gilbert y yo nos vamos a casar! —exclamó Sophie nada más entrar en el hostel.

Leslie y Amy se encontraban en aquel momento en la zona de recepción revisando las reservas para la semana siguiente y se sorprendieron al ver aparecer a Sophie, con el rostro exultante de felicidad y la mano izquierda extendida, mostrando un precioso anillo con un copo de nieve engastado con pequeños diamantes.

Leslie y Amy exclamaron llenas de felicidad y voltearon la barra para abrazarla y empezar a dar saltitos las tres juntas.

—¡Nos alegramos mucho por ti, cielo! —exclamó Leslie.

—¡Es una noticia maravillosa! —compartió Amy.

Felices, las tres amigas se dirigieron a la zona de la cocina y se sentaron alrededor de una de las mesas con tazas de café. Allí, Sophie les explicó como aquella mañana, junto al desayuno, Gilbert se había puesto de rodillas y le había pedido que se casara con él.

—¿Y ya tenéis fecha?

—Nos gustaría casarnos por Navidad.

—Con la nieve de fondo —dijo Amy con una sonrisa soñadora.

Leslie y Amy conocían de sobras el amor que Sophie sentía por la nieve.

—Sí, la verdad es que estoy tan feliz... Hace un año mi vida era un desastre. Vivía por y para el trabajo y había olvidado lo bonito que es tener a gente a la que quieres y que te quiere a tu lado. Y ahora... ahora tengo a Gilbert, a Anne, a mi familia y a vosotras.

—Te mereces todo lo que tienes, Sophie —dijo Leslie apretando con cariño la mano de su amiga que reposaba sobre la mesa.

—Quiero que seáis mis damas de honor, por supuesto.

—Eso está hecho —dijo Amy.

—Siempre y cuando nos prometas que no nos obligarás a llevar vestidos horriblos —puso Leslie como condición.

—No os preocupéis por eso, los elegiremos juntas.

Durante la media hora siguiente, las tres chicas siguieron hablando sobre la boda, hasta que Sophie miró la hora y, a regañadientes, les dijo que tenía que irse. Les dijo que contaba con ellas para la organización de la boda. Quería casarse en la plaza central, en el cenador, que Amy se encargara del banquete y Leslie de la organización. Su madre prepararía la tarta.

—Espera, no te vayas todavía, hay algo que os tengo que contar —Leslie miró a Sophie y luego a Amy.

—Qué misteriosa... —murmuró Sophie.

—¿Tiene qué ver con tu cita de ayer? —preguntó Amy, avispada.

Leslie afirmó con la cabeza y se sinceró con ellas. Les explicó que había

comprendido de golpe que Kyle y ella se merecían una segunda oportunidad. Que llevaba años enfadada con él sin darle ni siquiera la posibilidad de explicarse y que había llegado ese momento.

—Me alegro, Leslie. Creo que todos nos merecemos poder enmendar nuestros errores. Yo cometí muchos y todos fuisteis indulgentes conmigo. Si Gilbert no me hubiera perdonado... Solo de pensarlo se me encogen las tripas.

—Me alegro tanto por vosotras, chicas —dijo Amy con una sonrisa emocionada—. La magia de la vida reside en querer y ser correspondido. Ambas tenéis mucha suerte de haber encontrado eso.

—Bueno... Por ahora vamos a ver qué pasa, es pronto para llamarlo amor —dijo Leslie azorada, zanjando el tema.

Amy se quedó recogiendo la cocina y Leslie acompañó a Sophie hasta el coche.

Las dos amigas se abrazaron antes de que Sophie se subiera al vehículo y encendiera el motor. Antes de marcharse, bajó la ventanilla y la llamó.

—Leslie, no quiero meterme donde no me llaman, pero ayer mamá me dijo que se había encontrado con tu madre. Estaba muy triste y tomaron un café juntas. Cecile le explicó que las cosas contigo no están bien, que te niegas a aceptar a Ben y que no sabe qué hacer para mejorar la situación. Incluso está barajando la posibilidad de dejarle por ti.

Leslie creía que el día en el que escuchara aquella noticia, sentiría alivio, sin embargo, estaba muy lejos de sentirse aliviada. Es más, sintió un nudo en el estómago y la ansiedad golpeando todo su organismo.

Recordó las veces que había visto a su madre con ese hombrecillo extraño. En todas esas ocasiones, su madre se había mostrado feliz, contenta. Si le regaló aquel crucero por el mediterráneo había sido justamente para que superara la pérdida de la muerte de su padre, y ahora que lo había logrado, ella quería destruir su motivo de alegría.

—No tenía ni idea —admitió con la boca seca—. Hace días que no hablo con ella. Las cosas entre nosotras están... raras.

—Si le haces eso a tu madre, nunca te lo perdonarás, Leslie. Entiendo que Ben no sea de tu agrado, pero eso no es relevante. Lo relevante es que tu madre lo quiere.

Tras decir esto, Sophie sonrió a su amiga con indulgencia, levantó la mano y la movió con un gesto de despedida.

Leslie se quedó mirando el coche hasta que desapareció por el caminito que se dirigía de vuelta al centro del pueblo.

Capítulo 18

Hay momentos en la vida en la que una persona debe aceptar que se ha equivocado. Nadie es inmune a cometer errores, y eso fue algo que Leslie descubrió aquella tarde.

Después de que Sophie se marchara, Leslie se quedó con el corazón encogido pensando en sus últimas palabras. El sentimiento de culpabilidad se convirtió en un nudo que se atascó en su garganta.

Contrariada, se marchó un poco antes de trabajar y condujo hasta la casa de su madre. Dejó el coche aparcado en el exterior y llamó a la puerta. Ben fue quién la abrió. Lo hizo con su característica sonrisa. Iba vestido con una camisa hawaiana y unas bermudas de color verde pastel. Tragó saliva e intentó ignorar que Ben fuera un atentado al buen gusto.

—¿Está mamá?

—Claro. Pasa, cielo, está en el salón.

Le acompañó hasta la sala de estar y se encontró a Cecile sentada en el sofá. Llevaba la bata y el pelo recogido en un moño flojo. Tenía mala cara y, justo cuando levantó la cabeza para mirarla, estornudó. Le dio el tiempo justo de coger un pañuelo de la caja y llevarlo hasta su nariz.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Leslie.

—Está un poco resfriada —le explicó Ben—. ¿Vas a quedarte un ratito?

Me gustaría ir a comprar unas cosas donde Grace, pero no quería salir y dejar a tu madre sola.

Leslie afirmó con la cabeza y Ben le sonrió. Tenía que admitir que era muy considerado.

Ben se puso la chaqueta, se acercó a Cecile, le dio un beso en la cabeza y le hizo unas cuantas carantoñas.

—Volveré en un rato, calabacita —le susurró.

A Leslie el mote elegido le seguía pareciendo una cursilada pastelosa, pero la atención de Ben hacia su madre era irreprochable.

Ben se marchó poco después y Cecile y Leslie se quedaron solas.

—Cielo, hay té preparado en la cocina, ¿por qué no traes dos tazas y te sientas aquí conmigo? —le preguntó su madre palmeando el sofá, a su lado.

Leslie obedeció. Fue hasta la cocina, repartió el té caliente en dos tazas humeantes y las dejó sobre la mesita de centro. A continuación, se sentó en el sofá.

Se quedaron unos minutos en silencio, disfrutando del confort que les ofrecía sus tazas calientes. La chimenea estaba encendida y el calor de las llamas les envolvía. Se fijó en la repisa sobre la chimenea, donde descansaban un montón de fotos: había una de la boda de sus padres, otra suya de bebé, una de los tres cuando cumplió los doce, su foto de graduación en el instituto y la Universidad y, por último, una de su padre sonriente, con

su espeso bigote franqueando sus labios, de poco antes de morir.

Se llevó la taza a los labios. Sintió como si la mirada de su padre estuviera clavada en ella, pidiéndole que hablara con su madre, que arreglara las cosas.

Dio un trago, cogió aire y miró a su madre susurrando muy flojito:

—Lo siento.

Cecile levantó la mirada de sus manos hasta el rostro de Leslie, con la sorpresa grabada en ellos, pero no dijo nada.

—Lo siento, mamá. Lo siento de verdad, no tenía ningún derecho de juzgarte, ni a ti ni a Ben. Me he comportado como una niña pequeña inmadura con vosotros dos. Eres mi madre y tengo que aceptar tus decisiones, me gusten o no.

—Cariño... —Cecile dejó la taza sobre la mesita de noche, cogió la mano de su hija y la apretó con fuerza sobre su regazo—. Sé que ha sido duro para ti esta situación. Sé que adorabas a tu padre, tú y él teníais una conexión muy especial desde que eras una niña. Pero pensé que cuando conocieras a Ben, verías en él algo más que sus extravagancias.

Leslie reprimió una leve sonrisa. El eufemismo *sus extravagancias* le había hecho gracia.

—Mamá, sigo pensando que Ben es un tipo de lo más raro con un gusto excéntrico en ropa, pero te hace feliz y eso va por encima de cualquier otra

cosa.

—Sé que es difícil de entender, pero cuando llegas a mi edad, el físico deja de ser importante. Solo buscas a alguien bueno, que se desviva por ti y quiera compartir la vida a tu lado. Y Ben me aporta eso y mucho más. Esta mañana al descubrir que estaba resfriada, me ha obligado a quedarme descansando en la cama, me ha dado las medicinas y ha preparado un caldo. Es un buen hombre.

—Eso no lo dudo, mamá.

—Él siempre está contento y alegre. Es tan optimista... y eso que no lo ha tenido fácil en la vida.

Leslie frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Aunque siempre esté alegre y haciéndome reír, ha tenido una vida muy dura. Perdió a sus padres de muy pequeño y se crio en casas de acogida hasta cumplir los dieciocho. Si eso ya es cruel, años después perdió a su esposa y a su hija en los atentados del once de septiembre en las Torres Gemelas. Con tantas pérdidas, Ben debería ser un hombre cascarrabias, pero nada más lejos de la realidad, ha conseguido convertir la rabia en amor hacia los demás.

Las palabras de Cecile conmocionaron a Leslie. Hay veces en las que prejuzgamos a la gente sin conocerla. Leslie había prejuzgado a Ben. Supuso

que nunca se habría casado, que era uno de esos hombres solterones que aprovechaban los cruceros para buscar mujeres solas y tristes a las que engatusar con sus gracias. Para nada había pensado que detrás de ese hombrecillo mal vestido y con tendencia a sudar se escondía una historia tan triste, tan falta de final feliz.

—No tenía ni idea —susurró.

—Lo sé, y él no quería que te lo contara, porque quería gustarte por él mismo, no por compasión. Pero creo que mereces saber quién hay debajo de su piel. La gente somos algo más que aquello que mostramos, también somos lo que escondemos.

En aquel momento, la puerta de la casa volvió a abrirse y Ben apareció en el umbral de la puerta del salón llevando consigo dos bolsas de cartón. Sonrió al encontrar a Leslie y Cecile con las manos entrelazadas.

—Leslie, espero que te quedes a cenar. He comprado bolitas de patata y pizza pepperoni, tu madre me dijo que era tu cena preferida.

Existen muchas maneras de saber que alguien será importante en tu vida. Que te compren tu cena preferida, es una de ellas.

—Claro que me quedo —dijo Leslie mirando a su madre a los ojos.

Capítulo 19

Kyle y Gilbert estaban sentados en el sofá viendo un partido de Hockey hielo. Habían pedido comida china y bebían cerveza mientras en la pantalla los jugadores se movían rápidamente por la pista.

Aquella noche, Kyle había pedido a Tristan y Olivia que se encargaran de abrir y cerrar el bar. Después de años trabajando a diario, poder contar con dos personas que le ayudaran y que le dieran un respiro, era de agradecer. Tanto Tristan como Olivia habían resultado ser dos jóvenes responsables con los que había podido confiar cuando los había necesitado, y aquella noche necesitaba desconectar del trabajo. Además, Gilbert había querido celebrar con él que Sophie y ella se casarían al terminar el año, durante las fiestas navideñas.

Kyle y Gilbert chocaron su cerveza en el momento que el guardameta de su equipo anotó un gol.

Cuando se paró el juego en uno de los descansos, Kyle aflojó el volumen del televisor y se levantó para coger una nueva cerveza de la nevera.

—¿Quieres otra también? —preguntó Kyle mirando a su amigo.

Gilbert afirmó con la cabeza y se la pasó antes de volver a sentarse en el sofá.

—Oye, tío, hay algo que necesito preguntarte —dijo Gilbert tras dar un

trago al botellín de cerveza nuevo que pasó fresquito garganta abajo.

—Tú dirás.

—¿Querrás ser mi padrino?

Kyle alzó una ceja, primero sorprendido, y después sonrió, dejando que su enorme sonrisa ocupara toda su cara.

—¿Hablas en serio? ¿Quieres que yo sea tu padrino?

—Me encantaría. Eres mi mejor amigo y una de las personas más importantes en mi vida —lo dijo de carrerilla y cuando terminó de hablar se quedó parado ante sus propias palabras y empezó a reír—. Joder, qué moñas ha sonado.

—Mucho, tío. —Kyle se rio entre dientes fijando su mirada en el rostro de su amigo—. Y por supuesto que quiero. Me encantaría ser tu padrino. —Suspiró y clavó su mirada en la pantalla donde dos comentaristas hablaban sobre el partido—. Me alegro un montón por ti, tío. Sophie es una chica increíble.

—Ya ves. Como son las cosas, hace un año ni siquiera podía recordarla sin que una nube de odio envolviera los recuerdos felices, y ahora no me imagino mi vida sin ella —murmuró Gilbert en tono bajo.

—Cómo dice el tópico, el amor lo puede todo —canturreó Kyle.

—Y hablando de amor. Sophie me explicó ayer que Leslie y tú intentaréis vencer vuestras diferencias de una vez por todas.

Una sonrisa socarrona se dibujó en el rostro de Kyle. Habían quedado el viernes por la noche, y estaba deseando que llegara ese día para explicarle la verdad de lo sucedido años atrás. Estaba convencido que lo comprendería todo, porque actuó como actuó, porque no le había hablado de Georgia.

Cogió uno de los rollitos de primavera que habían sobrado y le dio un muerdo, pensando en ello, en lo mucho que las cosas cambiarían cuando hablaran por fin y pudieran empezar a conocerse dejando atrás los resquemores del pasado.

—Ya era hora. No sé cómo habéis dejado pasar tanto tiempo. Ahora no la cagues.

Kyle le lanzó una mirada significativa mientras se lamía los dedos de aceite.

—Gracias por tu confianza.

—Solo era un consejo. Me alegro por vosotros. Siempre he pensado que erais tal para cual y que sería cuestión de tiempo que os dierais cuenta de eso.

Kyle también estaba convencido que eran el uno para el otro pese a todos los malos rollos que habían vivido a lo largo de aquellos años, pero aún no las tenía todas consigo. Solo esperaba que el viernes llegara sin ninguna interferencia que lo pusiera todo patas arriba.

Pero como pasa con estas cosas, el destino estaba dispuesto a ponerle a prueba.

Capítulo 20

Aquella semana, Leslie tuvo la sensación de que el tiempo se relentecía. Deseaba que llegara el viernes para que Kyle y ella pudieran solucionar todas sus diferencias y, así, poder empezar de cero.

A pesar de todo, fue una buena semana. Sophie y Gilbert se habían comprometido y había conseguido aceptar a Ben en su vida, pese a que seguía pensando que era un tipo estrambótico. Además, entre ella y Zoe, que seguía ocupando una de las habitaciones del hostel, había nacido una especie de complicidad extraña. Siempre habían sido más rivales que amigas, sin embargo, a base de compartir té y charlas durante el día, su relación se había suavizado. También había ido al bar de Kyle con las chicas alguna de las noches, porque le apetecía verle y hablar con él, y siempre que sus ojos se encontraban, sentía un cosquilleo mecerse suavemente en su vientre. Mariposas rebeldes queriendo alzar el vuelo.

Durante aquellas semanas, Leslie se había sentido perdida, como si se hubiera adentrado en el interior de un laberinto del que era incapaz de hallar el camino correcto. Sin embargo, ahora, sentía que se encontraba cerca de la salida y la esperanza de que así fuera se expandía por su pecho como lo hace una gota de tinta en un vaso de agua.

La tarde del viernes, Leslie estaba tan nerviosa que era incapaz de hacer

nada del derecho. Para Amy, ver a Leslie en ese estado de nerviosismo era toda una novedad. Leslie era una de esas chicas que nunca se permite el lujo de bajar la guardia y mostrarse vulnerable.

Justo cuando Leslie estaba a punto de marcharse del hostel para empezar a arreglarse, recibió un mensaje de Kyle. Le temblaron las manos cuando lo abrió. Había esperado algún tipo de mensaje bonito, del estilo: *Estoy deseando verte* u *Ojalá sea ya la hora de estar juntos*, pero nada más lejos de la realidad.

KYLE:

Leslie, lo siento, pero tendremos que dejar lo de hoy para otro momento. Ha surgido algo y tengo que marcharme fuera unos días, no puedo decírtelo por aquí, pero te prometo que es importante. Te lo explicaré en cuanto regrese.

Lo siento.

Al principio, Leslie tuvo ganas de responderle con alguna bordería. Después de tantos días esperando, con la expectación nadando en su estómago, decidía anular la cita en el último momento. Luego, tras respirar profundamente unos segundos y analizar la situación, comprendió que si Kyle hacía aquello era porque realmente había ocurrido algo importante. Al

fin y al cabo, había sido él el que había insistido en que se vieran. Por lo que decidió ser comprensiva.

LESLIE:

Espero que no sea nada grave lo que te aleja de Snow Bridge. Vuelve pronto, aquí te espero.

Soltando un suspiro, asomó la cabeza por la cocina. Amy estaba dando órdenes a todos sus ayudantes, que se movían de un lado al otro con fluidez. Al captar su mirada, Amy se giró y la miró. No le hizo falta usar palabras para que su amiga comprendiera que estaba desilusionada por algo.

Ordenó a uno de los chicos que se encargara de la sala que estaba removiendo en aquel momento y, tras limpiarse las manos, salió a su encuentro.

—Pasa algo, ¿cielo?

—Kyle acaba de anular nuestra cita.

—Oh, pero eso no tiene sentido. Se le notaba a la legua que tenía muchas ganas de quedar contigo.

—Ha tenido que marcharse de Snow Bridge, pero no me ha explicado el motivo...

—Debe haber ocurrido algo importante, cielo.

Leslie se encogió de hombros y recordó el vestido rojo que había dejado preparado sobre la cama. Incluso se había depilado de arriba abajo, para estar perfecta para la ocasión.

¿Qué le habría ocurrido a Kyle?

En Burlington, en aquel mismo momento...

Kyle apagó el móvil y se sentó en una de las incómodas sillas de plástico de la sala de espera del hospital. Apoyó sus codos sobre sus rodillas y juntó sus manos, en un gesto que denotaba cierto nerviosismo.

Fue entonces cuando la vio. Georgia se acercó a él con el rostro compungido, lleno de dolor.

Se levantó de la silla y, cuando llegó a su altura, Georgia rodeó su cuello con los brazos y empezó a llorar, desconsolada. Estaba más delgada de lo que recordaba, y su falta de cuidado, en una persona tan coqueta y presumida como ella, era un claro indicativo de que llevaba días sin pasar por casa.

—¿Cómo está? —preguntó Kyle.

—No creen que pase de esta noche Kyle —Georgia se separó de su cuerpo y le miró a través de las lágrimas—. Está muy débil.

—¿Él... está consciente?

Leslie negó con la cabeza y se enjuagó las lágrimas con la manga del

jersey.

—Hace días que está sedado.

—¿Por qué no pasas por casa y te das una ducha y duermes algo? Yo me quedo aquí con él.

Georgia empezó a negar nerviosa.

—¿Y si se muere mientras estoy fuera? No puedo... yo... Quiero estar a su lado cuando suceda.

Kyle la comprendía. Al fin y al cabo, su padre era la única familia que le quedaba. Volvió a abrazarle con fuerza y le susurró en el oído, en un susurro:

—Al menos baja a la cafetería y come algo. Yo me quedaré con él mientras lo haces.

—¿Estás... seguro?

Kyle afirmó con un gesto y Georgia esbozó una débil sonrisa. Cogiéndose de su brazo, lo llevó por aquellos pasillos blancos y asépticos del hospital hasta la habitación de su padre.

A Kyle le sorprendió ver al señor Walker con aquel aspecto. Él recordaba a Steve Walker como un hombre de complexión grande y aspecto amable. Sin embargo, poco quedaba del hombre de sus recuerdos, porque la persona que tenía delante era todo piel y huesos. Estaba conectado a una máquina que mostraba sus constantes vitales. Sus manos nervudas descansaban sobre las sábanas blancas.

Tal como le había sugerido, Georgia bajó a la cafetería y Kyle se sentó en uno de los butacones de la esquina. En aquel momento, viendo el pecho de Steve subir y bajar con lentitud, se dejó llevar por los recuerdos.



Georgia y Kyle eran vecinos. Sus casas estaban una al lado de la otra, y crecieron juntos. Steve Walker era viudo y se esforzó mucho para ser un buen padre para su hija. El mejor. Kyle le recordaba siempre pendiente de ella. Le construyó una casa en un árbol, una casa que enseguida ellos convirtieron en su fuerte.

A Kyle le gustaba mucho el señor Walker. Les dejaba jugar en el salón, ver dibujos animados y comer galletas antes de la comida. No era un hombre que supiera ejercer mucha disciplina, pero tenía un buen corazón.

Georgia no tenía más familia que su padre. Sabía que su madre era huérfana y que había muerto al poco de nacer ella. Por parte de padre, Steve también había perdido a sus padres de muy joven, por lo que Georgia y él estaban solos en el mundo.

Kyle y Georgia crecieron y la adolescencia, con sus hormonas desatadas, les hizo dar un paso más en su relación. Ser novios era un paso natural entre ellos, ya que se pasaban el día juntos, el uno con el otro.

Y fueron novios toda la adolescencia hasta empezar la Universidad. Ambos acabaron en la misma. Quizás eran más amigos que novios, pero se querían y complementaban así que ninguno de los dos se preguntaba por la extinción de la pasión.

Al terminar segundo año de carrera, decidieron dejar la residencia de estudiantes y alquilar juntos un piso cercano a sus respectivas facultades. Y así su relación se volvió más seria y profunda, a pesar de que ya nunca se buscaban en la cama.

El día que Kyle sufrió el accidente de coche que lo apartaría para siempre del Hockey hielo, toda su vida saltó por los aires. Se dio cuenta de que nunca podría volver a patinar, y todo lo que había planificado en su vida se convirtió en arena que se le escapaba entre los dedos incapaz de poder retenerla.

Georgia quiso estar a su lado, ayudarle, pero él no hacía más que distanciarla de él. Y un día, sin querer, cuando ya empezaba a estar recuperado, la escuchó. Estaba sentada sobre el inodoro del baño, pero había olvidado cerrar bien la puerta, por lo que escuchó su voz amortiguada:

—Hoy no puedo escaparme, David. Kyle va acabar dándose cuenta de que le estoy engañando, y no se lo merece. No puedo tirar por la borda nuestra relación por algo pasajero, ¿entiendes?

Escuchar aquello fue como si le atravesaran el pecho con un puñal lleno

de veneno. En aquel momento, deseó que el coche no solo hubiera dado unas vueltas de campana dejándole malherido. Quiso haber muerto en aquel accidente.

Kyle no dijo nada aquella noche.

Al día siguiente, cuando Georgia se marchó a la universidad, recogió todas sus cosas y se fue de casa. Al principio lo hizo a casa de un antiguo compañero de universidad que vivía en California. Kyle no había podido hacer los exámenes que le permitían terminar la carrera, por lo que no tenía nada. Solo una pierna tullida y mucho rencor acumulado.

Pero entonces, llegó el dinero de la indemnización del accidente. El chico que lo había echado fuera de la carretera en aquella curva era hijo de un pez gordo y le dieron una buena suma de dinero para silenciarlo. Y aceptó, porque no quería juicios ni recordar lo sucedido.

Durante aquellos meses, Georgia intentó ponerse en contacto con él, pero no lo consiguió. La bloqueó de su vida.

Y entonces, un día, harto de la temperatura cálida de California y con ganas de reencontrarse con su querido Vermont, hizo las maletas y se marchó hacia el norte.

Lo hizo en un coche y condujo durante un par de días, hasta que, al llegar a Vermont, sin saber muy bien cómo, acabó llegando a Snow Bridge. Enseguida se sintió atraído por su puente de piedra, sus casitas de cuento y la

nieve que, en noviembre, ya empezaba a envolverlo todo.

Aquella noche durmió en una vieja pensión que se encontraba cerca de la plaza central y, al día siguiente, paseando por las calles nevadas y decoradas con motivos otoñales, se fijó en un local vacío con un cartel de «Se vende». Dejándose llevar por un impulso, llamó al número que le acompañaba, y decidió comprarlo con el dinero de la indemnización.

Enseguida se enamoró del pueblo y sus pintorescos habitantes. Mientras convertía aquella vieja barbería en un bar musical, se integró en aquel mágico lugar, donde las reuniones semanales en el edificio de las actividades culturales eran un acontecimiento imprescindible y donde las tortitas de la cafetería de Joe te reconfortaban el alma.

Y por primera vez en el último año y medio tras el accidente, descubrió que la felicidad puede tener muchas caras. A veces se presenta con la oportunidad de formar parte de un equipo profesional de Hockey Hielo, pero otras, se presenta en la posibilidad de formar parte de un pueblecito de aspecto de cuento cuyos habitantes te hacen sentir parte del grupo sin preguntarse quién eres ni de dónde vienes.

Y cuando ya no creía que pudiera agradecer más llegar a ese pueblo, se enamoró de Leslie. De la descarada y atrevida chica que muchas veces se acercaba a hablar con Gilbert, su nuevo mejor amigo. Nunca se atrevió a poner en duda que quería a Georgia, hasta que se enamoró de Leslie y supo

que el amor era algo más que lo que sentía por ella. El amor dolía, pero de una forma maravillosa. Dolía en la boca del estómago, en forma de cosquilleo. Dolía en el corazón, cuando este se aceleraba al verla. Y le dolía bajo los bóxers, cuando ella le miraba con picardía y su miembro se endurecía al instante.

Sin embargo, no se sentía libre de quererla, porque había dejado lo suyo con Georgia en *standby*. Por mucho que se hubiera marchado de casa y que hubiera desaparecido del mapa, sabía que Georgia y él se debían una conversación, cerrar lo suyo con un final definitivo. Y todo se fue al traste el día en el que Georgia se presentó en el bar propagando a los cuatro vientos que era su novia.



Kyle volvió al presente cuando Georgia regresó a la habitación. Seguía con el rostro lívido y los ojos enrojecidos. Se sentó al lado de Kyle, observando a su padre respirar de forma superficial.

Georgia cogió la mano de Kyle y enredó sus dedos con los suyos. No hizo falta decir nada, porque Kyle comprendió que aquello era su forma de darle las gracias por haber ido al hospital.

—¿Cuándo empezó? —preguntó Kyle con la mirada clavada en Steve.

—Hace seis meses. Cáncer de pulmón. Ya sabes que papá fumaba como un carretero. Nos dijeron que no se podía hacer nada.

—Tenías que haberme llamado entonces.

—No sabía cómo estaba lo nuestro. Cuando fui a verte a Snow Bridge no acabamos precisamente bien.

Eso era cierto. La noche en la que ella se plantó en Snow Bridge, él le había echado en cara que le engañara, y ella le echó en cara que hubiera huido sin enfrentarse a los problemas. Los dos, a su manera, tenían razón. Hay tantas versiones de una historia como personas implicadas en ella.

—Me hubiera gustado estar a tu lado este tiempo. Somos familia, Georgia.

—Lo sé —dijo esta con los ojos humedecidos—. Siento mucho todo lo que ocurrió entre nosotros.

—Yo también. —Kyle apretó su mano enternecido—. Yo también.

Steve Walker murió esa misma noche.

Capítulo 21

Lo primero que hizo Leslie al despertarse a la mañana siguiente, fue comprobar el móvil. Kyle no se había puesto en contacto con ella, no le había mandado ni un triste mensaje. Arrugó el ceño y se fue hacia la ducha con una mala vibración recorriéndole el cuerpo.

No había sabido nada de Kyle desde la tarde anterior, y tenía la intuición de que había ocurrido algo. No lo podía explicar con palabras. De hecho, era solo eso, una intuición.

Decidió darse una ducha y estuvo más de media hora bajo el chorro de agua caliente. Necesitaba relajarse, dejar la mente en blanco. Era propensa a preocuparse demasiado por las cosas.

Se vistió con unos vaqueros y un jersey negro, mandó un mensaje a las chicas, y decidieron quedar para almorzar en casa de Sophie, ya que esta tenía que cuidar de la pequeña Anne. Gilbert tenía que supervisar unas extraescolares en el instituto, así que estarían solas.

Amy trajo la comida y Leslie pasó por la pastelería de Amber y Rachel para comprar algo de postre.

Comieron alrededor de la mesa de la cocina, con la pequeña Anne durmiendo en su cunita.

—Kyle está loco por ti, Leslie. Gilbert quedó con él el otro día y me dijo

que se le caía la baba contigo —le comentó Sophie con una sonrisa.

—Supongo que sí, pero es raro que se haya marchado de repente.

—Espérate a que regrese y te explique los motivos. No te preocupes antes de tiempo, no tiene ningún sentido hacerlo —dijo Amy.

Leslie sabía que sus amigas tenían razón, pero era incapaz de ignorar esa mala vibración que la perseguía como si fuera una maldita sombra.

Cambiaron de tema, y Leslie preguntó a Amy por Ted. Había estado tan ensimismada en sus cosas esos días, que apenas se había acordado de él.

—Bueno... —Amy se mordió el labio, algo avergonzada—. No hemos vuelto a hablar desde nuestra cita. Es como si se lo hubiera tragado la Tierra. No ha respondido a ninguno de mis mensajes ni llamadas. Creo que... me está haciendo *ghosting*.

Leslie había leído sobre el *ghosting* en una revista femenina. Era una práctica que se había extendido mucho en los últimos años y que consistía en desaparecer de la vida de alguien sin ningún tipo de explicación, dejando de responder sus mensajes y llamadas.

—A lo mejor hay algún motivo de peso para que no responda tus mensajes —intentó animarla Sophie.

Amy negó con la cabeza.

—Sigue subiendo fotos nuevas en las redes sociales, así que...

—Lo siento, cielo... —dijo Leslie apoyando una mano sobre la suya.

—Me da rabia porque cuando quedamos tuve la sensación de que había *feeling* entre nosotros. —Amy clavó la mirada a su plato mientras hablaba, con los ojos llenos de tristeza—. Está claro que lo que vio no le gustó, no tengo ninguna otra explicación para lo que ha pasado, porque antes de quedar nos pasábamos el día entero hablando.

—Eso es una tontería —dijo Sophie casi indignada—. Eres preciosa, Amy. La indiferencia de ese tipo no tiene nada que ver contigo.

—Chicas, soy consciente de que no soy un bellezón, y tampoco pretendo serlo. Yo hace tiempo que me acepté con mis defectos y mis virtudes, pero también sé que no soy el tipo de mujer con el que sueña la mayoría de los chicos. Sin embargo, pensaba que con Ted sería distinto. Que había química entre nosotros, no sé...

Leslie siempre había sido un poco sobreprotectora con la gente que quería. Lo había sido con su madre cuando la vio llegar con Ben y, en ese instante, observando a una Amy dolida y desilusionada, tuvo ganas de patearle el culo a ese Ted.

—Ted trabajaba en la barbería de Clouds Village, ¿no? —preguntó Leslie levantándose de la silla de pronto.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Amy observándola con el pánico reflejado en la mirada.

—Voy a ir a verle y a cantarle las cuarenta. Nadie se merece que estés

triste, y menos un cobarde como él que es incapaz de decirte a la cara que no le interesas.

—Leslie, déjalo correr —le suplicó Amy—. Prefiero olvidarlo. No pienso comportarme como una mujer despechada porque el chico que le gusta no siente lo mismo por ella. No te preocupes, estoy acostumbrada a que eso sea así. Al fin y al cabo, mi vida no es como una novela de amor. Tú misma me lo dijiste.

—Algún día llegará un hombre que tiemble al tenerte cerca —dijo Sophie, mirándola con ternura.

—Eso no puedes saberlo, Sophie. Quizás mi destino es acabar sola.

—Amy... —susurró Leslie que se había vuelto a sentar en la silla.

—No pasa nada, llevo años enamorada de hombres que nunca han sentido nada por mí. En el instituto fue Camden Collins, que se aprovechaba de mí para que le hiciera los deberes. Después me enamoré de un compañero de clase cuando estudiaba Artes Culinarias, y este acabó liándose con una amiga. Y luego, al regresar al pueblo, me colgué de Evan, sí, Evan Winter, tu hermano —dijo Amy señalando a Sophie—. Y él ni siquiera sabía que existía. Y cuando por fin parece que conozco un hombre simpático con el que conecto, decide ignorarme porque yo no le gusto a él. Supongo que no soy una chica de la que uno se enamora.

Amy se encogió de hombros y siguió comiendo, con los ojos vidriosos.

Leslie y Sophie se miraron. No sabían muy bien cómo ayudar a su amiga. Leslie estaba convencida que Amy solo había tenido mala suerte al fijarse en los hombres equivocados, pero estaba convencida de que algún día Amy conocería a una persona que la querría con pasión y devoción, porque no es que fuera bonita, que lo era, pese a su cuerpo lleno de curvas y sus kilos de más, sino que lo era también por su bondad y su forma de ser.

Amy les pidió que cambiaran de tema y eso intentaron. Sophie decidió enseñarles algunas fotos que tenía guardadas de Pinterest con algunas ideas para la decoración de la boda que celebraría en pocos meses.

Y así, entre foto y foto, pasaron la tarde.



El lunes por la mañana, la bola de ansiedad que atenazaba la garganta de Leslie había crecido a niveles alarmantes. Seguía sin tener noticias de Kyle, y cuando preguntó por él en el bar la noche anterior, Tristan y Olivia le dijeron que tampoco sabían nada de su paradero, que les había dejado al frente del negocio sin darles más explicaciones. Gilbert tampoco sabía nada, al igual que a ella le había mandado un mensaje críptico antes de desaparecer.

Así fue pasando la semana. Cada nuevo día sin noticias de Kyle era como un nuevo latigazo. Porque no solo no respondía sus mensajes, sino que

tenía el móvil apagado.

Leslie no podía comprender qué podía llevar a Kyle a desaparecer de aquella manera, sin avisar ni dar señales de vida.

En el pueblo, la proximidad de la festividad de Halloween había hecho que todos se volcaran en la decoración de la plaza central y las calles, que engalanaron con calabazas terroríficamente sonrientes, piernas de brujas y fantasmas de tela.

Tanto ella como Amy y Sophie también se esmeraron a conferir el espíritu de Halloween en la posada. Leslie se pasó toda la semana buscando ideas para decorar cada pequeño rincón, creando sus propias guirnaldas y elementos ornamentales. Eso le ayudaba a mantener la cabeza desconectada.

Y llegó el viernes. Oficialmente, Kyle llevaba desaparecido una semana entera. Una semana sin un triste mensaje o llamada.

Leslie no podía sentirse más decepcionada. Toda la ilusión y las ganas que había acumulado la semana anterior desaparecieron y fueron sustituidas por el desencanto. Se sentía estafada y aquello le enfadaba.

Aquel viernes trabajó hasta tarde. Aprovechó para cenar en la posada, en compañía de Amy que intentaba aplacar la situación diciéndole que debía ser paciente y escuchar a Kyle antes de sacar conclusiones precipitadas.

Llegó a casa tarde. Dejó el coche aparcado fuera, bajo el árbol de siempre, y, al salir, descubrió a Kyle sentado en la escalera del porche.

La bola de ansiedad en su garganta aumentó cuando sus ojos ensombrecidos se encontraron con los suyos.

Capítulo 22

Leslie no sabía cómo reaccionar. Una parte de ella quería correr hacia él y echarse a sus brazos, pero, la otra, deseaba subirse en el coche de nuevo y marcharse lejos de ahí. Al final, decidió ignorar ambos impulsos. Leslie no era una cobarde que huía de los problemas, siempre se había considerado una mujer fuerte que se enfrentaba a ellos. Suspiró con fuerza y se acercó a él con la mirada teñida de reproche, con los brazos cruzados y el enfado hirviendo en su interior.

—Vaya, el desaparecido —dijo Leslie con ironía.

—Lo siento —Kyle se levantó y se puso de pie frente a ella—. Siento no haberte devuelto las llamadas y los mensajes, pero tenía cosas que solucionar.

—Ajá —Leslie tragó saliva con dificultad—. ¿Qué cosas?

—Es... largo de contar. ¿Podemos entrar para que pueda explicártelo con calma? —preguntó Kyle señalando la puerta de su casa.

Leslie le miró con fijeza y tras pensárselo unos segundos, negó con la cabeza.

—No, lo que tengas que decirme puedes decírmelo aquí.

—Pero...

—No hay peros que valgan, Kyle. No sabes lo preocupada que he estado

por ti esta última semana. No me vale la excusa de que tenías cosas que solucionar. ¿Qué significa eso?

Kyle bufó y se pasó una mano por el pelo. Se notaba mucho que no le apetecía nada estar manteniendo esa conversación. Se pinzó el labio inquieto y decidió sincerarse.

—El viernes pasado recibí una llamada de Georgia.

—Georgia, ¿otra vez? —Leslie reconoció ese nombre, era el nombre de la chica que había ido a buscarlo a *Snowflakes* unos años antes. El nombre de la chica que rompió el corazón de Leslie y sus ilusiones en mil pedazos.

Leslie se llevó una mano al cuello de forma instintiva, allí donde tenía el colgante de la estrella fugaz, resopló y pasó por su lado sin ni siquiera mirarlo.

—Espera, no es lo que crees —dijo él sujetándola del brazo.

Leslie se soltó de un tirón y le miró furiosa.

—Llevas una semana ignorando todos mis mensajes y llamadas, y lo primero que me dices después de días de silencio es que la causa de tu desaparición se debe a una llamada de Georgia, tu novia.

—Mi ex novia —corrigió Kyle, que también resopló—. Leslie, déjame que te explique toda la historia, ya verás cómo entonces...

—¿Tu móvil funciona? —preguntó Leslie sin dejarle terminar.

—¿Qué? —preguntó Kyle confuso.

—¿Tú móvil funciona? —volvió a preguntar con la garganta seca.

Kyle tragó saliva antes de responder quedamente.

—Sí.

—¿Has tenido algún problema físico que te haya impedido usarlo durante esta semana?

—No —dijo Kyle con un susurro.

—Entonces no necesito saber nada más. Durante la última semana has podido llamarme o mandarme un mensaje en cualquier momento, pero no lo has hecho, elegiste ignorarme, mantenerme ajena a lo que pasaba.

—Leslie, no ha sido así, tiene una explicación, joder.

—Yo lo único que sé es que cada vez que lo nuestro parece estar a punto de despegar, aparece esa chica para estropearlo todo —dijo con la voz quebrada, apretando con fuerza el colgante de la estrella fugaz.

Y, sin escucharle, subió los últimos peldaños del porche, abrió la puerta de casa y cerró tras de sí.



Los fines de semana Leslie, Amy y Sophie no solían trabajar. Después de años dejándose la piel en la posada, habían conseguido tener unos ingresos lo suficiente estables como para contratar a gente que llevara a cabo su

trabajo. En el caso de Amy, dejaba las recetas del menú preparadas para que su chef sustituto los cumpliera a rajatabla. Y en el caso de Leslie, Olivia, la hermana de Amy, solía encargarse de todos los temas logísticos y organizativos de la posada cuando ella no estaba.

Sin embargo, aquel sábado Leslie decidió ir a la posada a trabajar. Necesitaba hacer algo, arrancarse un poco el veneno de dentro de alguna manera, y no se lo ocurría nada mejor que encerrarse en el despacho y repasar la contabilidad de aquel mes.

Llegó temprano y se encontró con Zoe sentada en una de las sillas del exterior. Durante el último año habían arreglado el jardín y habían instalado mobiliario para que los usuarios pudieran tomar un té disfrutando de la naturaleza antes de que anocheciera, sobre todo durante los meses más cálidos.

Zoe la saludó con un movimiento de mano y ella decidió acercarse.

—¿Por qué no me haces compañía? —dijo alzando su taza humeante con una sonrisa.

Se notaba que estar en la posada le había sentado bien. Parecía contenta y esas líneas que solían surcar su rostro transfiriéndole tensión, habían desaparecido.

—No sé, estoy muy liada...

—Porfi... —suplicó.

Leslie acabó cediendo. Entró en la sala de estar, donde tenían enchufada una tetera con agua caliente y sobres de infusiones, se sirvió un té de manzana y canela y volvió a salir al exterior.

Aunque se encontraban ya en la recta final de octubre, el sol aún calentaba. Nadie diría que en unas pocas semanas todo aquello empezaría a estar cubierto de nieve y el frío haría imposible disfrutar de un té allí.

—¿Cómo estás? —le preguntó Leslie con los ojos fijos en los árboles que tenían justo enfrente.

—Bien—. Se quedó unos segundos en silencio. Después, añadió—: Muy bien en realidad, esta mañana he llamado a Eric y he anulado la boda.

Leslie salió de su desgana para mirarla con la expresión de sorpresa en la cara.

—Eso está genial, Zoe, me alegro de que al final hayas tomado esta decisión. Casarte con él solo te hubiera traído infelicidad.

—Sí, he estado pensando estos días en lo que me dijiste, y la verdad es que tenías razón, Leslie, no podía casarme con él sabiendo lo que sé. Hubiera tenido todas las comodidades del mundo, pero para ello hubiera renunciado a lo más importante: al amor.

Leslie dibujó una débil sonrisa y se llevó la taza a los labios. Después de pasar una noche terrible pensando en Kyle y en su propia mala suerte en el amor, empezaba a dudar de que el amor fuera lo más importante en la vida.

Para ella, conseguir el amor era como intentar cazar estrellas fugaces: frustrante e imposible.



A la mañana siguiente, Leslie fue a comer a casa de su madre. Para Leslie, fue extrañamente reconfortante. Aquel hombrecillo con poco gusto para la ropa y exceso de verborrea resultó ser un hombre agradable y atento. Fue como si el velo del odio hubiera caído, dejándole ver la persona que se escondía debajo. Y esa persona resultó ser alguien con un gran sentido del humor que se desvivía por hacer feliz a su madre.

En un momento dado, Cecile salió a recoger unas cosas en la tintorería de Bonnie y se quedaron solos, compartiendo un chocolate caliente y una tarta de calabaza, sentados en la mesa del comedor. El fuego crepitaba y el ambiente era calentito y acogedor.

—Mamá me explicó lo que le pasó a tu mujer y a tu hija —Leslie le miró de reojo—. Lo siento mucho. Debió de ser muy duro.

Una sonrisa triste se tiñó en su rostro bonachón.

—Lo fue. De hecho, lo sigue siendo. No hay ni un solo día que no me acuerde de ellas.

—Pero quieres a mi madre —dijo, con el ceño fruncido, como si no

acabara de comprender cómo era posible querer a dos personas a la vez.

—Más de lo que nunca llegué a imaginar que querría a otra persona después de la muerte de mi esposa. Es curiosa la vida, cuando piensas que solo te queda esperar el final, aparece alguien que le vuelve a dar un nuevo sentido.

Leslie sonrió ante una frase tan llena de verdad.

—Siento mucho haberte juzgado cómo lo hice.

—No lo sientas, pequeña. Tenías derecho a hacerlo.

Leslie sonrió. Frente a ella, las llamas se movían en suaves ondas.

—Has tenido mucha suerte, ¿sabes? Has encontrado el amor dos veces, y eso no es algo que no le pasa a todo el mundo. Yo ni siquiera lo he encontrado una vez.

—Eso es imposible —dijo Ben, frunciendo el ceño—. Eres preciosa, debes tener a muchos hombres reclamando tus atenciones.

—Créeme cuando te digo que no es así. —Hizo un mohín.

—Pero ¿qué hay de ese pelirrojo del bar? Pensaba que entre vosotros había algo —dijo sorprendiéndola. Leslie nunca imaginó que lo suyo con Kyle fuera de dominio público, sabía que había sido pasto de cotilleos la anterior vez, pero estaba convencida de que en esta ocasión habían sido muy cautos. Al ver su cara, Ben dejó escapar una risita—. Me lo contó Grace.

—La cotilla del pueblo —dijo Leslie entre dientes. Cuando fuera a

comprar algo a su tienda le diría cuatro cosas sobre la importancia de no chismorrear sobre los demás.

—Entonces, ¿no es cierto?

—Es... complicado.

—Entiendo. —Ben afirmó lentamente con la cabeza y dio un sorbo a su taza.

Se quedaron unos segundos en silencio, hasta que Leslie decidió hablar de nuevo y sin querer se lo explicó todo. Lo ocurrido entre ellos años atrás, cómo habían vuelto a conectar años después y la aparición de Georgia de nuevo. No sabía si era por lo reconfortante de las llamas rodeándoles o por la sensación de comodidad que se había instalado entre ellos, pero le fue fácil hablarle de todo aquello.

—Es como si entre nosotros nunca fuera el momento adecuado. Cada vez que parece que conseguimos estar juntos, pasa algo que lo estropea todo.

Ben se quedó en silencio pensativo antes de volver a hablar.

—¿Y no has pensado que quizás ese *algo* que pasa tiene que ver contigo? —preguntó Ben, prudente.

—¿Qué quieres decir?

—Cada vez que ha pasado algo entre vosotros tú te has negado a escuchar sus explicaciones. ¿No crees que sería mejor darle una oportunidad para explicarse? En una historia existen tantas versiones como personas que

la viven. ¿Por qué no le das la posibilidad de explicarte su versión? De esta manera podrás rechazarlo con conocimiento de causa. Y el conocimiento es poder.

Leslie se llevó a la boca un trozo de tarta de calabaza y masticó pensando en sus palabras. Nunca lo había visto desde esa perspectiva. Para ella, escuchar sus excusas era ceder, y no estaba dispuesta a ceder más en su relación. Pero pensándolo bien, al no saber su versión de los hechos, lo suyo siempre había quedado en el aire, como en suspensión. Si realmente quería cerrar el círculo, si de verdad quería que su historia tuviera un desenlace, se debían una conversación donde los dos mostraran todas las cartas sobre la mesa.

—Entonces, ¿crees que debería escucharle?

—Pequeña, el amor no es un camino plano y tranquilo, al contrario, suele ser un camino lleno de curvas, trampas y piedras que solo buscan hacerte tropezar. No puedes darte por vencida a la primera dificultad.

—Vaya —dijo Leslie mirándolo con admiración—. Eres todo un poeta.

—¿Cómo crees que enamoré a tu madre? No fue precisamente por mi gusto por las camisas —dijo guiñándole un ojo.

Leslie se rio. En aquel momento comprendió el motivo por el que su madre se había enamorado de él. Siempre querría a su padre, pero tenía que admitir que Ben era un hombre maravilloso.

—Siento haber sido una de esas dificultades que se interpuso entre mi madre y tú —susurró con sinceridad.

—No importa. Ahora eres una flor que me alegra el camino.

Capítulo 23

Kyle colocó las jarras de cerveza sobre la mesa y se llevó de regreso la bandeja vacía a la barra. Las tardes de domingo el bar solía estar lleno a reventar y apenas tenía un momento de calma para respirar. Por suerte, con la ayuda de Tristan y Olivia, todo era mucho más sencillo.

Alguien le pidió a gritos una nueva cerveza y Kyle volteó la barra para servirla. Colocó la jarra bajo el surtidor y llenó el vaso con maestría. Segundos después, lo dejó delante de la persona en cuestión.

En aquel momento, vio por el rabillo del ojo cómo la puerta de la calle se abría. Ladeando la cabeza, hizo ademán de saludar al recién llegado. Se quedó con las palabras atascadas en la garganta cuando descubrió que esa persona era Leslie.

Los ojos grandes de ella, de un color castaño muy vivo, le observaban con determinación. Sintió una punzada en el corazón. Seguía dolido con ella, por no haber querido escucharle. Después de una semana terrible, de una semana llena de ese dolor que solo produce la pérdida, necesitaba hablar con ella, explicárselo todo, para que le comprendiera, para compartir con ella su sufrimiento.

Tragó saliva con dificultad y se escondió en el almacén. Se dijo a sí mismo que era un cobarde, pero se sentía incapaz de enfrentarse a su lengua

afilada y a su sarcasmo en ese momento.

Se sentó sobre unas cajas de plástico que contenían botellas vacías y esperó. Sabía que no podía quedarse allí encerrado toda la noche, pero no tenía un plan mejor. Solo deseaba evitarla. Pero entonces, la puerta se abrió y el motivo de su huida entró en el almacén.

—Muy maduro por tu parte esconderte aquí —dijo ella en tono jocoso.

—No deberías haber entrado. Es de uso restringido para el personal.

Leslie dibujó una suave sonrisa en sus labios y se acercó más a él hasta que sus cuerpos quedaron separados por pocos centímetros de distancia. La luz que les envolvía era suave y procedía de una bombilla colgada del techo, pero Kyle pudo distinguir un brillo especial en los ojos de ella. Los ojos de Leslie brillaban de la forma en la que solo brillan los ojos de una persona que ha tomado una decisión importante.

—Kyle, quiero que hablemos.

La expresión del rostro de Kyle, que hasta entonces había permanecido en tensión, pareció relajarse.

—El viernes no parecías muy dispuesta a escucharme.

—Pero he cambiado de opinión. No sé si lo que tienes que explicarme cambiará algo entre nosotros. Es probable que no, pero no quiero quedarme con la duda. Prefiero que lo hablemos y, pase lo que pase, que quede todo dicho entre nosotros.

Kyle tragó saliva y se mordió el labio en un gesto indeciso. Finalmente, soltó un largo suspiro.

—Está bien, pero no aquí. —Kyle miró el móvil para comprobar la hora y se pasó una mano por ese pelo del color del fuego que le caracterizaba—. Ahora mismo no puedo escaparme, ya has visto cómo está el local abarrotado de gente. Suele vaciarse a la hora de la cena. ¿Te paso a recoger por casa sobre las siete?

Leslie afirmó con la cabeza.

—A las siete, entonces.

Se giró con intención de salir del almacén, pero él la retuvo cogiéndola del brazo con suavidad. Sus miradas conectaron.

—Coge ropa de abrigo.

—¿Por qué? —Leslie alzó una ceja interrogativa

Como respuesta, solo recibió una sonrisa indescifrable.



A las siete en punto, Kyle hizo sonar el claxon de su *pickup* sin ni siquiera bajarse del vehículo. Dos minutos más tarde, Leslie salió de casa ataviada con un abrigo de color marrón con capucha, guantes, gorro y bufanda.

A pesar de los sentimientos encontrados que Kyle aún sentía por todo lo ocurrido, no pudo evitar sonreír. Estaba monísima.

Leslie se subió al asiento del copiloto de un salto y emprendieron el camino. Leslie se sorprendió al comprobar que salían de Snow Bridge y se desviaba por un camino sin asfaltar que conducía a una de las colinas que rodeaba el pueblo.

—¿A dónde vamos?

—Ya lo verás, falta poco para llegar.

Leslie no era una persona paciente, pero intentó esconder su inquietud bajo una máscara de calculada inexpresión. No sabía muy bien si había hecho bien al aceptar escuchar a Kyle, pero era demasiado tarde para echarse atrás.

Kyle siguió conduciendo durante varios minutos hasta llegar a una planicie. A través de la ventanilla del coche, Leslie apenas podía ver nada porque se había hecho de noche. Sin embargo, al bajar del vehículo vio las luces titilantes del pueblo brillando en la oscuridad al fondo del valle como si fueran luciérnagas.

Snow Bridge se situaba en un valle, por lo que había muchos miradores cercanos desde los cuáles se podía ver el pueblo.

—¿Por qué me has traído hasta aquí? —preguntó Leslie alzando una ceja hacia su dirección.

—Pensé que era una buena idea —dijo Kyle, con la mirada puesta en el

cielo.

Sobre ellos, se alzaba un manto de estrellas brillantes. Leslie sonrió y se llevó la mano al cuello, para tocar su colgante en forma de estrella fugaz.

Kyle se dirigió hacia la parte trasera de la *pickup* donde había dejado una bolsa llena con cosas. La abrió y sacó una manta de cuadros escoceses que extendió sobre el suelo frío.

Los días eran cada vez más cortos y el frío más intenso. La nieve no tardaría en llegar.

Kyle se sentó sobre la manta y Leslie lo hizo a su lado. Kyle también se había abrigado con un grueso abrigo de color crema. Acabaron muy juntos, buscando su calor.

—¿Empiezo? —preguntó Kyle, mirándola de reojo.

Leslie afirmó con la cabeza y Kyle empezó a hablar.

Mientras observaban las luces danzarinas que llegaban de la ciudad, Kyle dio a Leslie la llave maestra que le permitiría abrir las puertas de todos sus recuerdos.

Le habló del divorcio de sus padres, de la poca relación que tenía con su madre que se pasaba todo el día fuera, trabajando, de cómo Georgia y su padre se habían convertido en una familia, de cómo Georgia y él se enamoraron y siguieron juntos cuando dejaron de quererse. También le habló del accidente que puso su vida patas arriba, que cambió su futuro brillante

como estrella del hockey hielo por un tullido que ya nunca más podría deslizarse sobre el hielo, y como todo se desmoronó del todo cuando descubrió que Georgia le engañaba con otro.

—Me pasé meses perdido, sin rumbo, y un día terminé aquí, en Snow Bridge, y me encontré. Me encontré entre sus callejuelas de cuento, entre sus habitantes cotillas pero encantadores, y me encontré a través de tus ojos, Leslie.

El corazón de Leslie empezó a latir con rapidez, pero no pensaba caer en su trampa tan pronto.

—Entonces, ¿por qué Georgia me dijo que era tu novia? —preguntó Leslie recelosa.

—Porque técnicamente no habíamos roto. Yo huí de nuestra casa sin dejar una nota. Me marché sin avisar. Al final descubrió donde estaba a través de un amigo en común y vino a buscarme.

—¿Por eso me rehuiste aquella noche? —preguntó Leslie clavando la mirada en el cielo estrellado.

—¿Qué noche?

—La noche estuvimos a punto de besarnos.

—Ah, eso... —Kyle se tocó el cabello, parecía avergonzado—. La verdad es que en aquella época todo me sobrepasaba, Leslie. Todo. Aún estaba intentando gestionar todo lo que me había pasado. Todas las renunciaciones

a las que había tenido que enfrentarme. Pero ¿sabes una cosa? —Leslie negó con la cabeza—. Siempre me arrepentiré de no haberte besado aquella noche.

La mirada de Leslie y Kyle quedaron enredadas en la oscuridad.

Durante un instante, no dijeron nada.

A Leslie seguía sorprendiéndole lo atractivo que podía resultar Kyle con su melena alborotada, su mentón fuerte y sus ojos penetrantes.

—Pero si resolvisteis lo vuestro... ¿qué ha pasado esta última semana?

Los ojos de Kyle se perdieron en el infinito. Tardó en responder y, cuando lo hizo, su voz sonó apagada.

—El padre de Georgia se estaba muriendo.

Tras decir esta primera frase, vinieron todas las demás. Kyle le confesó que había acompañado al señor Walter durante sus últimas horas, que había velado de él hasta que su vida se apagó y que había acompañado a Georgia en su dolor los días posteriores.

—Ella necesitaba a su familia a su lado, y yo soy la única familia que tiene. Sé que puede parecer complicado de entender, pero, aunque no nos queramos de forma romántica, ella siempre tendrá un papel importante en mi vida.

Leslie se mordió el labio. Le había dado mucha información y una maraña de pensamientos se enredaban en su cabeza. A pesar de todo, sintió un peso en el estómago, un peso que necesitó aliviar.

—¿Estás seguro que no la quieres? Puede que sigas dolido porque te engañara, pero que en el fondo de tu corazón sigas sintiendo algo por ella — digo Leslie con la voz algo apagada.

—No, para nada estoy confundido respecto a mis sentimientos. Lo mío con Georgia estaba muerto desde antes del accidente. El accidente solo fue el detonante que lo puso en evidencia. Pero ella y yo ya no nos queríamos como se supone que se quieren dos amantes. Lo nuestro siempre fue más amistad que amor. Nosotros lo forzamos.

De nuevo, sus miradas quedaron enredadas junto al silencio. Al ver que Leslie no decía nada, Kyle añadió:

—Y cualquier atisbo de duda desapareció el día que te conocí, Leslie Morris. Tú con tu arrojo y determinación me enseñaste qué era el amor. Yo siempre creí que el amor era cómodo y seguro, pero al conocerte, comprendí que eso no era amor, era otra cosa. Que el amor la mayoría de veces va acompañado de dudas, miedos e incertezas. Que el amor te estruja el corazón, te baila en el estómago y te endurece la entrepierna.

Leslie apartó la mirada avergonzada y Kyle le cogió de la barbilla para forzar que sus miradas volvieran a encontrarse.

—Kyle... —susurró notando el rubor en las mejillas.

—Hay algo que nunca te he dicho, Leslie —dijo Kyle también en un susurro, con los labios muy cerca de los de ella—. Justo antes de tener el

accidente, vi una estrella fugaz brillar en el cielo. Siempre pensé que esa estrella fugaz, en vez de concederme deseos, me los había arrebatado. Ahora, en cambio, me doy cuenta de que, sin saberlo, lo que hizo fue llevarme justamente hacia ti, hacia la chica que cazaba estrellas fugaces.

Leslie sonrió.

—Kyle...

—¿Qué?

—Bésame.

Y así, después de una mirada intensa y significativa, sus labios encajaron. Kyle suspiró aliviado cuando pudo perderse en su boca, cuando su saliva estalló contra su paladar y pudo bailar con su lengua. Fue un beso apasionado, que les encendió al instante. Aquella noche, con el frío envolviéndolos, haciéndolos tiritar, Leslie y Kyle se enredaron piel con piel con el manto de estrellas sobre sus cabezas y las luces de Snow Bridge de fondo.

Epílogo

Parecía que alguien hubiera espolvoreado azúcar glas sobre las calles de Snow Bridge. Leslie se apoyó sobre el vidrio de la ventana y observó el danzar de la nieve hasta llegar al suelo. Era el Día de Acción de Gracias y al abrir los ojos aquella mañana se había encontrado con el pueblo decorado con guirnaldas de luces y adornos navideños.

Unas manos le rodearon la cintura y notó la presión de un mentón sobre su hombro izquierdo. Ladeó un poco el rostro y besó la nariz de Kyle que, como ella, miraba la calle a través de la ventana.

—Me gusta Snow Bridge bajo la nieve —dijo Leslie en un susurro.

—A mí también.

—Le da un toque tan especial...

—Y nos da más excusas para quedarnos encerrados en casa sin salir de la cama —dijo Kyle subiendo la mano por debajo de la falda de su vestido.

Leslie se rio contra su cuello.

—Como si necesitáramos excusas para eso...

Habían pasado varias semanas desde aquella noche de confesiones bajo las estrellas y Leslie y Kyle se sentían más unidos que nunca. Habían dejado atrás el rencor y los malentendidos, y eso les había dado alas para empezar a construir una relación de verdad desde los cimientos.

Kyle le besó el cuello haciéndole ronronear.

—Kyle...

—¿Qué? —Hizo espirales sobre sus muslos, travieso.

—Mamá y Ben nos esperan para cenar dentro de media hora.

—¿Y qué? —volvió a preguntar mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—Que no tenemos tiempo para... eso. —Pero acabó la frase con un gemido que empañó el vidrio de la ventana.

La relación con su madre y Ben también había mejorado muchísimo. Ambos se habían mostrado entusiasmados ante la idea de celebrar Acción de Gracias todos juntos. Sería el primero, y sabía que llevaban días preparando la celebración para que fuera perfecta.

—Ya sabes que puedo ser muy rápido cuando quiero... —insistió él deslizando los dedos hasta el vértice de sus piernas.

—Tenemos que pasar por la pastelería de Amber y Rachel a por el postre...

—Ajá...

Kyle ejerció un poco de presión en el punto exacto y Leslie soltó un nuevo gemido.

—Y prometí a Ben que llegaríamos pronto para ver con él los partidos de fútbol americano.

—Ajá.

Kyle deslizó los dedos por dentro de la ropa interior y Leslie perdió la cordura.

Se giró hacia él mirándole con el deseo impregnado en la mirada.

—¿Cómo de rápido puedes ser?

—Como una estrella fugaz cruzando el cielo, ¿te sirve? —preguntó travieso.

Leslie sonrió, le cogió de la mano y le llevó hasta la cama.

Quizás no fuera rápido como una estrella fugaz, pero estaba decidida a pedirle que hiciera realidad unos cuantos deseos...

Nota de la autora

Si lo has pasado bien paseando por Snow Bridge, no olvides dejar tu comentario en Amazon. Vuestras valoraciones son el combustible que nos ayuda a seguir escribiendo.

Sobre la autora

¡Hola! Soy Anina Roma, soy del 85, vivo en Barcelona y estudié diseño gráfico, aunque actualmente trabajo como escritora freelance para portales web de diversas temáticas.

Soy adicta a Netflix, a Pinterest y a la cafeína en todas sus formas.

Si me encontrara con el genio de la lámpara y me concediera tres deseos, estos serían: comer sin engordar, recorrer el mundo con gastos pagados y ordenar la casa con el poder de la mente.

Podéis poneros en contacto conmigo en:

[Instagram](#)

[Facebook](#)

Contacto: aninaromantica@gmail.com

Mis libros anteriores

La chica que perseguía copos de nieve (Las Chicas de Snow Bridge #1)



Una novela romántica sobre segundas oportunidades en el amor que leerás en menos de dos horas.

Todos tenemos sueños, Sophie Winter dejó su hogar y se marchó a Nueva York para cumplir los suyos. Diez años después, obligada por un despido en el trabajo, debe volver a sus orígenes.

Para su sorpresa, lo más difícil de su regreso es reencontrarse con su gran olvidado amor de juventud. Solo ver sus ojos color miel, antiguos

sentimientos vuelven a aflorar en su interior.

Con la nieve de telón de fondo, Sophie aprenderá que los sueños pueden cambiar, y que a veces se cumplen en los lugares más inesperados.

[Enlace del libro](#)

Un plan casi perfecto



Una comedia romántica, sexy y divertida con dos polos opuestos que están a punto de descubrir lo fina que es la línea que separa el odio del amor.

Cuando Gina descubre que el hombre de su vida está enamorado de otra mujer, decide urdir un plan para ponerle celoso y conquistar su corazón. Es un plan perfecto, o bueno..., casi perfecto, porque para llevarlo a cabo necesitará la cooperación de Hugo, un compañero de trabajo que le trae por el camino de la amargura.

Gina y Hugo son polos opuestos. Gina es alegre, alocada e impulsiva, siempre lleva los labios pintados de rojo y colecciona dispensadores de caramelos PEZ. Hugo es reservado, irónico y discreto, viste camisas con estampados ridículos y esconde un secreto que nadie conoce. Cuando están juntos, los cuchillos vuelan, y es que lo suyo fue odio a primera vista.

¿Conseguirá Gina que Hugo le ayude con su plan? ¿Será su plan tan perfecto como parece?

A veces, el amor se esconde en la persona más insospechada.

[Enlace del libro](#)